

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIII - Núms. 781-782
Julio-Agosto 1996

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58

**Doctor de la esclavitud de amor a María
y apóstol de la esperanza**

Etapas de una vida de apóstol. G.M.

El marco histórico

**Testimonio pontificio del mensaje
montfortiano**

**La devoción mariana según san Luis
María Grignon de Montfort. Fundamen-
to y valor teológico.** Francisco Solá, S.I.

**Singularidad trascendente de la doctrina
mariana de san Luis María Grignon de
Montfort.** Juan Lladó

El camino más perfecto
Gerardo Manresa

Tesoros infinitos del Corazón de Jesús

**San Luis María Grignon de Montfort y el
Reino de Cristo.** José M^o Petit Sullá

**Presencia de María en la segunda venida
de Jesucristo**

**Las misiones populares de san Luis
María Grignon de Montfort**
Josep M^o Manresa Lamarca

**San Luis María Grignon de Montfort y
los jansenistas.** Nazario Pérez, S.I.

**San Luis María y la educación de los
niños.** David Baranguán

**Qué es y qué hace la Sociedad Interna-
cional Grignon de Montfort**
Pedro Sols Lúcia

Árbol frondoso. Antonio Queralt, S.I.

**Las canciones del Santo de Montfort y el
alzamiento en armas del pueblo de La
Vendée en defensa de la fe**
José-Javier Echave Sustaeta

**Jesús M. de Orihuela, traductor
de «La verdadera devoción»**
Fr. V. S. de M.

**El padre Francisco Javier Hoyos:
«Reinaré en España»**
Francisco Canals Vidal

**A nuestras madres, con profunda
gratitud.** José Vives Suriá

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

DOCTOR DE LA ESCLAVITUD DE AMOR A MARÍA Y APÓSTOL DE LA ESPERANZA

En la historia de la Iglesia en los siglos modernos la figura de san Luis María Grignon de Montfort sobresale con una singularísima transcendencia: en él se inaugura una línea en la que podríamos considerar integrados a san Alfonso María de Ligorio, Chaminade, san Antoni Maria Claret y san Maximiliano María Kolbe. Él sirvió a un designio providencial de llamamiento a todos los cristianos a la esclavitud de amor y a la filiación respecto de María, y despertó definitivamente en la conciencia católica el sentido de la misión de María en la salvación de la humanidad.

San Luis María Grignon de Montfort tiene en todos sus escritos el signo inequívoco de un misterioso carisma apostólico y profético. Una inconfundible «radicalidad» y un llamamiento exigente a la entrega al servicio de María están presentes en todas las páginas de sus escritos.

Estas fueron también las características de su predicación, que le mereció el título pontificio de «misionero apostólico». Un significativo resultado que hoy algunos llamarían «sociológico» es la perseverancia en los que oyeron su evangelización y la supieron transmitir a las generaciones sucesivas en la fidelidad heroica a la Iglesia a través de las décadas de enfriamiento y corrupción que caracterizaron el siglo XVIII. Efecto de ello fue sin duda la actitud «macabaica» que las regiones del oeste francés en que se había ejercido el apostolado del Santo tuvieron en los momentos de la gestación del Estado revolucionario y descristianizador.

Su apostolado mariano es también apostolado de la esperanza del reinado de Cristo en el mundo por María; del advenimiento de Cristo a reinar, que, como el primer advenimiento, se habrá de realizar también por medio de la Madre de Dios, la Virgen Inmaculada, enfrentada a la tentación suprema de los «últimos tiempos».

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT**ETAPAS DE UNA VIDA DE APÓSTOL****Los primeros años. Entrada en el seminario**

1673: 31 de enero: Nace Luis María en Montfort-sur-Meu (diócesis de Saint-Malo). Es el año de la primera aparición del Sagrado Corazón. Tuvo 18 hermanos, de los cuales él era el segundo. A los pocos años, murió el mayor y Luis María quedó como primogénito.

1673-85: Años de educación doméstica. Desde sus primeros años tuvo una devoción especialísima a la Madre de Dios; a la edad de cuatro o cinco años rezaba ya cada día el Rosario.

1685-93: Se forma en el colegio Tomás Becket de los Padres Jesuitas de Rennes, hospedándose en casa de su tío Alain Robert, hermano de su madre. Fue un buen estudiante. Formó parte de la Congregación mariana que los jesuitas tenían en el colegio.

Su genio violento e irascible, como el de su padre, le hace tender a la soledad, ya que es poco agradable a los compañeros, pero al mismo tiempo le permite dedicar más horas al trato con su Madre, visitando ermitas y capillas de la Santísima Virgen. En estos años lo empieza a dominar, llegando a convertirlo con el tiempo en dulce, como san Francisco de Sales.

Tiene un trato especial con los estudiantes pobres, ayudándoles en sus estudios y sufriendo desprecios de sus compañeros de clase. En estos años aprende a amar a los pobres haciendo muchas obras de caridad.

1693-70: Empieza a estudiar teología en Rennes, pero la señora Montigny se presta a becar sus estudios en el seminario más famoso de Francia, San Sulpicio de París. La familia Grignon, descendientes de notarios, no poseían muchos recursos. Sale de Montfort con el equipaje preparado por sus padres y llega a París con los harapos de un mendigo, el crucifijo y el rosario. La señora Montigny renuncia a becarlo y Montfort, como le gusta que le llamen, debe ir a un seminario para jóvenes pobres. Para pagarse sus estudios vela los muertos de la parroquia de San Sulpicio. Recibe órdenes menores en 1694. En 1695 muere el director del seminario y éste se cierra. La divina Providencia, de la forma más inesperada, le abre las puertas del seminario de San Sulpicio y por la fama de buen estudiante que tenía el director a su entrada hace cantar un tedéum.

El 5 de junio de 1700 era ordenado sacerdote. Su pri-

mera misa la celebró en el altar de la Virgen que él había cuidado durante los cinco años que permaneció en el seminario.

Sus primeros años de sacerdote. El Hospital de Pobres de Poitiers

1700-01: Montfort desea ir a misiones; enseñar el catecismo es su gran ilusión. Pide ir al Canadá, a Japón o a las Indias. Su primer apostolado es en la Comunidad de San Clemente, comunidad de misioneros, cuyo director, señor Lévêque, era de edad muy avanzada. Toda la ilusión de Montfort se fue por los suelos al comprobar que los colaboradores del santo director eran, en su mayoría, jansenistas orgullosos que no cumplían sus funciones de apostolado. El vicario general de la diócesis era el superior de la casa y no se le asignaban funciones de misión; únicamente se le permitía decir misa. Durante ocho meses se le negó la licencia para confesar. En aquellas fechas soñaba ya con una asociación de misioneros que recorrieran los pueblos y que debía llamarse Compañía de María.

Llega a Poitiers en octubre de 1701 y, en ausencia del obispo, se retira al Hospital General donde, además de los enfermos, se alojan los menesterosos de la ciudad. Estando Montfort en oración en la capilla, los mendigos le observan rezar y le ven tan harapiento y necesitado que entre ellos recogen vestidos y comida para dársela. Llegado el obispo, los enfermos y los pobres le piden que lo nombre director del hospital. Como el nombramiento se retrasaba, Montfort se dedica a hacer misiones por la ciudad, enseñar el catecismo, visitas a los presos, dar conferencias a estudiantes, etc. Poco después de la fiesta de Todos los Santos del año 1701 llegó el nombramiento de capellán del Hospital.

1701-1702: El hospital, dice Montfort, era una pequeña Babilonia. Todo el personal del hospital se alegró de su llegada, pues pensaban que pondría orden en él. Montfort redactó un reglamento y los administradores le ayudaron a implantarlo. Desde el primer momento Montfort quiso vivir con los pobres sin percibir remuneración alguna. El obispo, los administradores e, incluso, los empleados aprobaron que los mendigos comieran en el refectorio del hospital y que salieran a mendigar por las calles para obtener algo más. Montfort aprovechó

esto para hacer como ellos: comer y mendigar con ellos. Esto creó una insurrección en el hospital que obligó a Montfort a retirarse a la casa de los Jesuitas. Al cabo de pocas semanas los mismos administradores y los empleados le van a buscar.

Esto fue el inicio, pero faltaba la piedra más importante, que aún estaba por modelar: María Luisa Trichet, que desde el primer momento de la llegada de Montfort a Poitiers le seguía, a pesar de la oposición de su familia. El padre Luis María le mantenía su vocación pero no quería precipitar su ingreso para conseguir una más perfecta sumisión de su alma a la Providencia.

El espíritu del siglo desprecia a Montfort

Entre tanto otra tempestad descargó el demonio para impedir la labor de Montfort, y éste, para evitar enfrentamientos, juzgó prudente retirarse del hospital durante un tiempo y aprovechó para ir a París para ayudar a su hermana Luisa, cuya situación en el monasterio de Fontvrières era muy precaria por su falta de pecunio.

Solucionado el problema de su hermana con el ingreso en otra orden y después de estar un mes viviendo de limosna en París, Montfort regresa a Poitiers.

1703-04: Su regreso al hospital es recibido con gran alegría, tanto por los administradores y los pobres como, principalmente, por la pequeña comunidad de Hijas de la Sabiduría que habían perseverado en su vocación. Pronto se añadirán a esta pequeña comunidad dos jóvenes que serán, con el tiempo, las que la dirigirán. Se trata de María Luisa Trichet, de la que ya hablamos y que en febrero de 1703 recibió el hábito, una tela de saco como la de san Francisco de Asís, y Catalina Brunet, de familia muy conocida en Poitiers, cuya primera misión para educarla en la escuela de la humildad fue guiar a la superiora, que era ciega.

Los desprecios que María Luisa recibió de su familia y de sus amistades de Poitiers fueron una muy ruda prueba para ella, pero con la ayuda de la Virgen y la asistencia de Montfort el triunfo de la Sabiduría fue completo.

A los pocos meses de su regreso, el demonio, por medio de los administradores y asistentes, insiste en intentar destruir su obra con odios, discordias, e incluso cuerpo a cuerpo con Montfort. Ante estas dificultades, decide otra vez abandonar el hospital y volver a París, pero esta vez va a un hospicio a cuidar pobres y enfermos. Todos sus amigos de París le han abandonado.

Su vocación apostólica le abrasa y le encomiendan una misión delicada: volver a la obediencia de la orden a un grupo de ermitaños en Mont-Valerien que habían abandonado toda austeridad y vida religiosa.

El nuevo obispo de Poitiers —el anterior había muerto el año anterior— reclama a Montfort por medio de dos escritos al rector del seminario de San Sulpicio, Leschassier, su director espiritual hasta el año 1701, y éste hace caso omiso a esta petición. Hasta que recibe una carta firmada por todos los pobres y enfermos en la que por misericordia le suplican haga conocer esta decisión a Montfort. Enterado éste, regresa a Poitiers en marzo de 1704, y la recepción que le hicieron los pobres y enfermos fue un verdadero triunfo. Todo el mundo parecía contento, pero a los pocos meses el diablo, por medio de las empleadas del hospital, vuelven a crear tensiones. Montfort decide abandonar definitivamente el hospital y se ofrece al obispo para predicar misiones en las parroquias de Poitiers, el cual lo acepta con agrado. Al fin, podrá cumplir su vocación.

Misiones en Poitiers. Peregrinación a Roma

1704-06: Inicia las misiones por las parroquias de la ciudad y pueblos próximos, Montbernage, San Sabino, El Calvario, San Saturnino, etc.

Sin poder continuar sus misiones y expulsado de todos los sitios, quiere someter su persona y sus métodos de evangelización al Vicario de Cristo en Roma. El viaje a pie a Loreto y a Roma lo inicia Montfort en la cuaresma de 1706. Clemente XI le nombra misionero apostólico y le confirma que en Francia, y no en otros países, ha de realizar esta misión y que «en ella hay campo suficiente para desplegar vuestro celo apostólico; trabajad siempre en perfecta sumisión a los obispos, a cuya diócesis os llamen. Por este medio bendecirá Dios vuestros trabajos». No tuvo ya más dudas Montfort de que esta era su misión y muy reconfortado por ello vuelve a Poitiers. Enterado el obispo de su llegada le obliga a abandonar la ciudad en veinticuatro horas. Montfort obedece y para aceptar mejor esta cruz se va en peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Ardilliers, cerca de Saumur, en Anjou; así ocurría cada vez que Dios le enviaba sus señales de predilección; durante sus años de apostolado se retiró a este santuario seis veces.

Durante estas misiones, la Providencia había regalado al santo con un joven que le seguiría ya toda la vida en sus misiones, el hermano Maturino.

Primeras misiones en Bretaña. Expulsado de su diócesis natal

1706-07: En Ardilliers encomienda a su Madre su segunda fase de apostolado y se retira a su diócesis de Saint-Malo. Su primera visita es al santuario del Mont-

Saint-Michel, para ponerse también bajo la protección del Arcángel.

Después de Dinan, predicó varias misiones en Saint-Suliac, Becherel, Saint-Brieuc, La Chèze, Montcontour, etc., entre otras, todas ellas en las diócesis de Saint-Malo y Saint-Brieuc, con los misioneros de Leuduger. El baile y los vestidos inmodestos eran un motivo de fuerte lucha para Montfort y ello motivó que Leuduger considerara exageradas las exigencias del santo, por lo que prescindió de su colaboración.

1707-08: Aunque su elocuencia era motivo de entusiasmo para las personas sencillas, Montfort era muy amigo de la soledad y el silencio. Después de la separación de la compañía de misioneros de Leuduger, se retiró a una ermita en el priorato de San Lázaro, cerca de Montfort, donde, junto con el hermano Maturino y su segundo seguidor, el hermano Juan, como san Francisco de Asís, reconstruyeron una capilla y rehicieron el altar y la decoración con una bella estatua de la Virgen, hecha por el santo. Le dio el nombre de Nuestra Señora de la Sabiduría. Un gran Rosario, cuyas cuentas eran del tamaño de una nuez, permitía que varias personas pudieran al mismo tiempo participar del rezo. Este lugar fue sitio de retirada para meditación y penitencia después de las misiones.

Después de su estancia en San Lázaro, predicó una misión en Montfort, el mismo pueblo natal del Santo, donde después de colocar el Crucifijo en el púlpito, sin decir él más palabra que «¿no os pesa haber ofendido a vuestro Salvador?, vedle aquí clavado», la mayoría respondió con lágrimas y declararon en público su enmienda. Quiso dejar una señal de esta misión construyendo un calvario en la cima de un montículo próximo, pero las autoridades civiles lo prohibieron. Pocos días después el obispo de Saint-Malo le retira las licencias para predicar. Los jansenistas, muy numerosos en esta diócesis, consiguieron esta revocación. Como en otra ocasión la humillación fue pública delante de todos los enemigos del Santo, el cual recibió las reprimendas sin alegar la menor disculpa. Los jansenistas, enemigos declarados de la devoción a María, disfrutaban con esta victoria, pero su Madre no lo permitió. El rector de Breal, un pueblo de las proximidades, se personó en aquel lugar, desconociendo lo que ocurría, para solicitar al obispo que le concediera el misionero apostólico para predicar una misión en su parroquia. Ante tal evento, el obispo cedió y devolvió las licencias al santo.

Después de predicar misiones en otros pueblos se volvió a retirar a la ermita de San Lázaro para orar y hacer penitencia. Mientras, sus enemigos volvieron a insistir al obispo para hacer callar al misionero y éste volvió a ceder a sus presiones prohibiéndole hablar den-

tro de las iglesias. Ello le decidió a dejar su diócesis de Saint-Malo.

Misiones en la diócesis de Nantes. Calvario de Pontchâteau

1709-11: Providencialmente el nuevo vicario general del obispado de Nantes le está buscando para que predique una misión en algunas parroquias de la población. La primera fue en Saint-Similien donde muchos sacerdotes fueron a oírle para cerciorarse por sí mismos de su elocuencia y piedad. El jesuita Martinet dice que «llegó un momento en que todos, sin excepción, lloraban, así los eclesiásticos como otros que, por lo común, no se estremecen fácilmente». Las conversiones de muchas personas redoblaron la rabia de sus enemigos, que resolvieron matarle una noche, pero el pueblo, que le amaba, le salvó; los frustrados asesinos, a instancias del Santo, se fueron sin sufrir daño ni denuncia.

Después de Saint-Similien siguieron las misiones en otras poblaciones y parroquias de la Bretaña, Vallet, Chevrolrière, Saint-Philbert, Vertou, Cambon, Saint-Fiacré, etc.; toda esta región de la Bretaña fue recorrida por Montfort en su actividad apostólica. La más conocida de todas fue la misión de Pontchâteau, por el famoso calvario monumental que proyectó el santo.

Después de misionar por todas las poblaciones del valle, proyectó Montfort dejar un monumento en la región que, viéndose desde todos los puntos, recordara a sus habitantes el vivir cristianamente. En todas sus misiones era importante dejar una obra asistencial, ya fuese un hospital o una escuela, donde la gente pudiera practicar la caridad, y un monumento.

En Pontchâteau, además del hospital, proyectó un calvario monumental en una colina que dominaba todo el valle. En el punto más alto se debían erigir las tres cruces; en la central, una preciosa imagen de Nuestro Señor, a sus pies las estatuas de Nuestra Señora de la Piedad, san Juan Evangelista y santa María Magdalena; debajo, una capillita que representara el sepulcro del Señor. Como el Rosario era muy importante para la vida de piedad de los fieles, alrededor de este calvario quince capillitas recordaban los quince misterios del Rosario, de forma que al acercarse al calvario lo tuvieran que hacer rezando el Rosario. Dos años tardó en acabarse este monumental calvario. A su construcción contribuyeron más de veinte mil hombres venidos de las poblaciones vecinas; todos aportaban según sus posibilidades, ya fuera trabajo o dinero. Se podía ver desde doce leguas a la redonda. Mientras, Montfort continuaba su labor apostólica en otras poblaciones. El 14 de septiembre de 1710, festividad de la Santa Cruz, fue el día señalado para la

bendición del monumento; el obispo de Nantes habíale autorizado para que él mismo realizara la bendición. Como en otras misiones, había preparado canticos y poesías piadosas que debían cantarse durante la bendición. Cuatro predicadores iban proclamando por los pueblos de la vecindad la proximidad del acontecimiento.

La víspera del día de la bendición, un mensajero del Obispado de Nantes le llevo la prohibición del acto. Rápidamente se pone en camino hacia Nantes, con la esperanza de convencer al obispo. Éste permanece inflexible y le indica que la prohibición viene de más arriba. Los jansenistas, cada vez más furiosos, han acudido a la corte informando que en Pontchâteau se había construido una ciudadela para proteger a los bandidos y ladrones. La orden del Consejo Real es la destrucción del monumento.

El Santo vuelve al lugar del monumento y eleva los ánimos alicaídos de los fieles para que no abandonen la obra comenzada, mientras él debe ir a predicar a otra misión. Entretanto, sus enemigos, los jansenistas, convencen al obispo, del que arrancan una sentencia condenatoria contra él. Debe abandonar la misión que está dando y se retira a Nantes a casa de los Padres Jesuitas, sus amigos en todo tiempo, especialmente en su lucha contra los jansenistas. Fruto de este retiro de tres meses es la fundación de una asociación piadosa de fieles: Amigos de la Cruz.

Durante este tiempo se procedía a la destrucción del calvario monumental. Los aldeanos fueron obligados por la fuerza y bajo amenazas a destruir la obra que ellos voluntariamente habían ayudado a construir. Después de tres meses apenas habían destruido nada. Cuando el santo se enteró de esta destrucción profetizó que volvería a reconstruirse, como así fue. En Nantes no pudo volver a predicar, pero aprovechó para fundar una Casa de Incurables. En marzo de 1711 abandonó Nantes.

Primeras misiones en La Vendée. Diócesis de La Rochela. Atentados a su vida

1711-12: Expulsado de su Bretaña natal, la Providencia le encamina al Poitou, donde el párroco le solicita para misionar en La Garnache. Durante la predicación de esta misión fue favorecido con una aparición de la Virgen en el jardín de la casa rectoral. Después de predicar misiones en varios pueblos, Saint-Hilaire, Montaigu, etc., llega a Luçon, donde el obispo le hace predicar en la catedral.

Después de despedirse con sincera amistad se traslada a La Rochela, donde acude a la llamada del obispo. Digamos que ambos prelados fueron constantemente fieles al santo misionero y siempre le dieron la razón contra los jansenistas y sus demás perseguidores. Ambos prela-



dos eran de la escuela de Fenelon, arzobispo de Cambrai, y, junto al obispo de Oloron, Mons. Révol, los únicos en Francia que se distinguieron por su absoluta sumisión al vicario de Cristo. Lo que la secta logró de las diócesis de Poitiers, Saint-Brieuc, Saint-Malo, Rennes y Nantes, nunca lo consiguió de las de Luçon y La Rochela.

En La Rochela, las primeras misiones fueron en las parroquias de la ciudad. El éxito fue tal que en muchos casos las iglesias quedaron pequeñas y se predicó en las calles. La misión a los soldados en la ciudad fue especialmente edificante, viendo a los jóvenes soldados confesando y haciendo penitencia por sus vicios y pecados.

Vuelto al continente, continúa recorriendo la región de la Vendée con sus misiones; pasa por la Garnache, cumpliendo una promesa para la inauguración de un santuario de Nuestra Señora de las Victorias, Saliertaine, San Cristobal, Challans, etc. En todas ellas deja su huella: la devoción a la Virgen y el rezo del Rosario.

Los misioneros populares: La Cofradía de María

1712-14: Llegado, de nuevo, a La Rochela después de dar unos ejercicios espirituales, algunas personas piadosas, para ligarle más a la ciudad, le regalan una casita en la parroquia de San Eloy, su ermita de San Eloy. Allí, como en San Lázaro, se dedicará a hacer penitencia y oración y, también de esta ermita saldrá su admirable libro *Tratado de la verdadera devoción a la Virgen María* y la *Regla de las Hijas de la Sabiduría*.

Desde este retiro sale para predicar misiones en las parroquias y pueblos próximos, Thairé, San Bibiano, Esnandes, Charron, Saint-Michel-en-l'Herm, Courgon, Seguinère, Cholet, etc. Sin descanso, se va a París; su objetivo es reclutar misioneros para que esta obra pueda fortalecerse y continuar. Va al seminario del Espíritu Santo. Sus discursos y charlas entusiasman a los seminaristas, pero de todos ellos solo uno, Vatel, le seguirá para trabajar con él. Los demás se unieron a la Compañía después de su muerte. Así como san Ignacio fundó la Compañía de Jesús, él, educado y acogido por ésta, quiere fundar la Compañía de María.

En los dos meses que estuvo en París sufrió todo tipo de vejaciones de jansenistas y sus amigos.

De vuelta a La Rochela pasa por Poitiers y después de ocho años vuelve a ver a sor María Luisa de Jesús, con el mismo fervor del inicio y vistiendo el hábito recibido del santo en aquellas fechas, a pesar de las dificultades, y a Catalina Brunet, sor Concepción. Enterado el obispo de esta visita, le obliga a salir de la ciudad en veinticuatro horas.

En septiembre llega de nuevo a La Rochela y

reemprende sus misiones. En una de ellas enferma y debe sufrir varias operaciones, que le retienen varios meses postrado. Apenas repuesto, vuelve con más intensidad a su actividad apostólica.

Emprende viaje a Normandía para buscar a su amigo, compañero de colegio y de seminario, Blain; está convencido de que él se avendrá a formar parte de sus misioneros. Por el camino aprovecha para predicar y misionar en varias poblaciones hasta llegar a Rouen. Blain, que admiraba a Montfort, ha sufrido la influencia jansenista del superior del seminario de San Sulpicio y rechaza la invitación del santo. «Sus modales singulares, su vida pobre y dura, su abandono a la Providencia, etc. Nunca encontrará a nadie que le siga», le responde Blain. Esta respuesta dolió mucho a Montfort. Los que le siguen son las personas escandalosas: soldadesca, borrachos, blasfemos, etc.

La enseñanza del catecismo: Los Hermanos del Espíritu Santo

1714-15: El cuidado de los enfermos, la conversión de los pecadores y la educación de los niños son los tres fines del apostolado de Montfort. Los dos primeros ya los está realizando y el tercero lo inicia ante la posibilidad que le da el obispo de La Rochela, monseñor Champflour, y crea las Escuelas de la Caridad para la educación cristiana de los niños y la formación de una sociedad de maestros para educarlos, los Hermanos del Espíritu Santo. En todas sus misiones, la enseñanza del catecismo a los niños era uno de los puntos importantes, pero a partir de ahora el hermano Maturino y sus nuevos colaboradores se dedicarán a la formación de los niños en escuelas. Poco tiempo después hizo venir de Poitiers a las primeras hijas de la Caridad, hermanas M^ª Luisa de Jesús y Concepción, para la dirección de la escuelas de niñas.

El santo vigilaba todos los detalles de la escuela, desde cómo tenían que ser las dimensiones del aula para lograr una mayor atención de los niños, la distribución de éstos en la clase, la cantidad de libros a usar por los niños y la forma de repetir la lección para su mejor inteligencia. Como no podía faltar, cada día el maestro los conducía a misa entonando cánticos y, después de clase, diariamente rezaban cinco misterios del Rosario en honor de la Virgen.

Al leer estos reglamentos tan sabios escritos por el Santo, se creería que había previsto esas escuelas sin Dios, y por tanto sin moral, organizadas con grandes gastos por la impiedad satánica de nuestra época. Un contemporáneo suyo, san Juan Bautista de la Salle, estaba procurando lo mismo en aquella Francia mundana.

No abandonó, por ello, sus misiones en esta región y siguió su apostolado por todos aquellos pueblos, Fouras, la isla de Aix, Saint-Laurent-de-la-Prée, etc. En todas sus misiones deja formadas obras para que se continúe la vida de piedad y de penitencia, ya sea mediante cofradías o obras de caridad para hombres o para mujeres; incluso en algunos lugares, como en Saint-Amand-sur-Sèvres, la imagen de madera de la Virgen que presidió la capilla fue obra del santo.

El día de la Candelaria de 1715, predicando en la iglesia de los Jacobinos sobre las grandezas de María, la Virgen quiso glorificar en vida a su siervo. Su rostro pálido y blanco por las austeridades y los incesantes trabajos tornóse, de pronto, luminoso; despedía rayos de gloria y una especie de aureola le transformaba, de tal modo que sus amigos sólo lo reconocían por la voz. Esta maravilla produjo sensación en la ciudad y el respeto de la población por él se trocó en veneración.

Durante esta estancia en La Rochela, se unió a él Vatel, seminarista del Santo Espíritu, que recientemente había sido ordenado sacerdote. Desde entonces le siguió hasta su muerte y durante treinta años más continuó su mismo apostolado. Fue la primera persona que se alistó en su Compañía de María.

Después de predicar la misión en Mervent, en donde el esfuerzo que tuvo que realizar fue muy grande porque a su llegada la iglesia estaba en ruinas, se retiró a una gruta de la selva próxima a la población. De todas las ermitas a las que se retiraba para preparar sus actividades apostólicas con oración y sacrificios, la de Mervent era la que le permitió una mayor soledad y silencio y al mismo tiempo alabar a Dios, con su alma poética, por la belleza de la naturaleza.

Las Hijas de la Sabiduría

1715-16. Después de muchos años de preparación, vuelve Montfort a La Rochela para establecer definitivamente y darles las reglas a las Hijas de la Sabiduría.

Las dos novicias, venidas de Poitiers, llegaron a La Rochela mientras el santo estaba en misiones y ellas tuvieron que esperar. Montfort les hizo llegar un billete en el que decía: «Llamaos Comunidad de la Sabiduría para la Instrucción de los Niños y Cuidado de los Pobres».

En esta visita pudo comprobar que sus escuelas, fundadas el año anterior, estaban siendo muy concurridas.

En la misión de Fontenay consiguió Montfort su segunda vocación de misioneros: Mulot, que más tarde sería el primer Superior general de la Compañía de María. Era un sacerdote que debido a sus problemas de salud tuvo que abandonar su parroquia de Soullans. El Santo

le dijo que, si le seguía, todos sus males le abandonarían al empezar a trabajar en las misiones. Sin titubear un instante, le siguió y a los pocos días sus males habían desaparecido.

Para desgracia del Santo, la misión de Vouvant fue la que más pena dio a su corazón por los escasos frutos obtenidos externamente, a pesar de su elocuencia y la paciencia que tuvo con todas las burlas y ataques sufridos. De todas formas, se dedicó a reparar todos los defectos que tenía la iglesia. La siguiente misión en Saint-Pompain tuvo, en cambio, grandes frutos, uno de los cuales fue conseguir que se dejase de celebrar una feria que desde tiempo inmemorial se celebraba los domingos en el pueblo y que ocasionaba grandes escándalos. Para esta efemérides compuso el santo un cántico que se titula *La derrota de las danzas abominables y ferias paganas de Saint-Pompain*.

A principios de 1716 llega a Villiers para iniciar la misión; en los alrededores de esta población abundaban los protestantes que hacían rodar sus biblias por los mercados y ferias. El Santo organizó una procesión con la Santa Biblia bajo palio y predicó sobre el respeto debido a las Sagradas Escrituras.

Su último deseo: los misioneros populares

1716: En la misión de Villiers le confiesa a la señora Crion, conversa tras sus predicciones, que morirá antes de que termine el acto.

Semanas después acudió también él al santuario de Saumur, para poner, al final de su vida, como lo había hecho al inicio de su actividad apostólica, a los pies de su Madre la labor realizada aquellos años y pedir la bendición para sí y para sus dos familias, la pequeña Compañía de María y sus amadas Hijas de la Sabiduría. De vuelta, fue a Saint-Laurent-sur-Sèvres para la que sería su última misión.

Dicha misión, que comenzó el domingo de Ramos, fue bendecida por Dios con frutos muy consoladores. Hacia el final de la misión Montfort se enteró que el obispo de La Rochela debía efectuar una visita pastoral a Saint-Laurent, cosa que le produjo mucha alegría, y le preparó un magnífico recibimiento. El exceso de trabajo en esta misión le provocó una pleuresía y la víspera de la llegada del obispo, después de predicar sobre la dulzura de Jesús, bajó del púlpito y tuvo que guardar cama. En el lecho de muerte todavía animaba a Mulot y le prometía su intercesión ante Dios para que continuara la actividad misional.

Falleció el 28 de abril.

EL MARCO HISTÓRICO

- 1618-48. Guerra de los Treinta Años.
 1622-42. Richelieu. Instauración política de la razón frente a la concepción político-religiosa.
 1630-42. Galileo. Conflicto con el Santo Oficio.
 1638. Muerte de Jansenio.
 1640. Sublevación de Cataluña y Portugal contra el centralismo y uniformismo del conde-duque de Olivares.
 1641. Nacimiento de san Claudio la Colombière.
 1642. Primera condenación del libro de Jansenio *Augustinus*.
 1647. Nacimiento de santa Margarita María Alacoque.
 1648. Paz de Westfalia.
 Cromwell se apodera del Parlamento por la fuerza.
 1649. Decapitación de Carlos I de Inglaterra.
 1650. Muerte de Descartes.
 Cromwell persigue a los católicos irlandeses.
 1651. Mayoría de edad de Luis XIV.
 1653: Condenación de las 5 proposiciones del libro de Jansenio.
 1665. Newton. Religión natural. La inteligencia, orgullo del hombre.
 Naturalismo.
 Empirismo (Locke).
 Inicio del deísmo en Inglaterra.
 La masonería: primeros gremios, siglo xvii.
 1671. Ingreso de santa Margarita en el monasterio de la Visitación.
 1672. Guillermo de Orange. Calvinismo en Holanda.
 Acta de Tolerancia.
 1673. Bill of test: los funcionarios juran la fe anglicana.
 Primera revelación del Sagrado Corazón.
Nacimiento de san Luis María Grignon de Montfort
 Años de máximo apogeo de Luis XIV.
 1675. San Claudio la Colombière llega a Paray-le-Monial.
 Ley de exclusión de los católicos del trono de Inglaterra.
 1678. La Colombière es desterrado de Inglaterra.
 1681: La Colombière, enfermo, enviado a Paray-le-Monial.
 1682. Muerte de Claudio la Colombière.
- Asamblea del Clero Francés. Bossuet redacta las Cuatro Proposiciones. Galicanismo.
 1683. Los turcos, a las puertas de Viena.
 1685. Primera gran fiesta del Amor en Paray-le-Monial
 1688. Visión de la Virgen con san Francisco de Sales y san Claudio, apóstoles de la devoción al Sagrado Corazón.
 Revolución inglesa: *tories* y *whigs* se unen contra Jacobo II (católico).
 Alejandro VII condena del filosofismo.
 1689. El Sagrado Corazón hace pedir a Luis XIV la consagración del palacio y de Francia.
 Revelación de la Gran Promesa: primeros viernes.
 1690. Muerte de santa Margarita.
 Extensión de la devoción en tres años: Francia, Italia, Polonia, Canadá e Inglaterra.
 Misa propia del Sagrado Corazón en varias diócesis.
 1700. Clemente XI declara la Inmaculada Concepción fiesta de precepto.
Ordenación sacerdotal de san Luis María.
 1700-1701. **Primeras misiones de san Luis María.**
 1702. Muere en Barcelona de san José Oriol.
 1705. Bula *Vineam Domine*. Conversión «ore et corde»: no al silencio obsequioso (contra los jansenistas).
 Alzamiento de la Corona de Aragón contra Felipe V por no respetar los fueros. Inicio de la guerra de Sucesión.
 1713. Bula *Unigenitus Dei Filius*. Condenación de las 101 proposiciones del libro de Quesnel *Reflexiones morales* (jansenista).
 1714. Rendición de Barcelona al duque de Berwick. Fin de la guerra de Sucesión.
 1715. Luis XV. Regencia de Felipe de Orleans. Degradación moral de la corte. Enciclopedismo.
 1716. Decreto de Nueva Planta. Abolición de los fueros por Felipe V.
Muerte de san Luis M^a Grignon de Montfort.
 1717 Primera logia masónica en Inglaterra. Rápida extensión por Europa.
 1719. Muerte de san Juan Bautista de La Salle.
 1729. Voltaire publica *Cartas filosóficas* e incendia Francia con sus ideas deístas.

Testimonio pontificio del mensaje montfortiano

El magisterio del Concilio ha subrayado que la verdad sobre la Santísima Virgen, Madre de Cristo, constituye un medio eficaz para la profundización de la verdad sobre la Iglesia. El mismo Pablo VI, tomando la palabra en relación con la Constitución Lumen gentium, recién aprobada por el Concilio, dijo: «El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia». María está presente en la Iglesia como Madre de Cristo y, a la vez, como aquella Madre que Cristo, en el misterio de la redención, ha dado al hombre en la persona del Apóstol Juan. Por consiguiente, María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y a cada uno en la Iglesia, acoge también a todos y a cada uno por medio de la Iglesia. En este sentido María, Madre de la Iglesia, es también su modelo. En efecto, la Iglesia—como desea y pide Pablo VI— «encuentra en Ella (María) la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo».

Merced a este vínculo especial, que une a la Madre de Cristo con la Iglesia, se aclara mejor el misterio de aquella «mujer» que, desde los primeros capítulos del libro del Génesis hasta el Apocalipsis, acompaña la revelación del designio salvífico de Dios respecto a la humanidad. Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella «dura batalla contra el poder de las tinieblas» que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la «mujer vestida de sol» (Ap 12.1), se puede afirmar que «la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga»; por esto, los cristianos, alzando con fe los ojos hacia María a lo largo de su peregrinación terrena, «aún se esfuerzan en crecer en la santidad». María, la excelsa Hija de Sión, ayuda a todos los hijos—donde y como quiera que vivan— a encontrar en Cristo el camino hacia la casa del Padre.

Por consiguiente, la Iglesia, a lo largo de toda su vida, mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia.

Precisamente el vínculo especial de la humanidad con esta Madre me ha movido a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del se-

gundo milenio del nacimiento de Cristo, un Año Mariano. Una iniciativa similar tuvo lugar ya en el pasado, cuando Pío XII proclamó el 1954 como Año Mariano, con el fin de resaltar la santidad excepcional de la Madre de Cristo, expresada en los misterios de su Inmaculada Concepción (definida exactamente un siglo antes) y de su Asunción a los cielos.

Ahora, siguiendo la línea del Concilio Vaticano II, deseo poner de relieve la especial presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia. Esta es, en efecto, una dimensión fundamental que brota de la mariología del Concilio, de cuya clausura nos separan ya más de veinte años. El Sínodo Extraordinario de los Obispos, que se ha realizado el año 1985, ha exhortado a todos a seguir fielmente el magisterio y las indicaciones del Concilio. Se puede decir que en ellos—Concilio y Sínodo— está contenido lo que el mismo Espíritu Santo desea «decir a la Iglesia» en la presente fase de la historia.

*En este contexto, el Año Mariano deberá promover también una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, a la que se refieren las consideraciones de esta Encíclica. Se trata aquí no sólo de la doctrina de fe, sino también de la vida de fe y, por tanto, de la auténtica «espiritualidad mariana», considerada a la luz de la Tradición y, de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio. Además, la espiritualidad mariana, a la par de la devoción correspondiente, encuentra una fuente riquísima en la experiencia histórica de las personas y de las diversas comunidades cristianas que viven entre los distintos pueblos y naciones de la tierra. A este propósito, me es grato recordar, entre tantos testigos y maestros de la espiritualidad mariana, la figura de San Luis María Grignion de Montfort, el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo. (San Luis María Grignion de Montfort, *Traité de la vraie dévotion a la Sainte Vierge*. Junto a este Santo se puede colocar también la figura de San Alfonso María de Liguorio, cuyo segundo centenario de su muerte se conmemora este año: cf. entre sus obras, *Las glorias de María*.) Observo complacido cómo en nuestros días no faltan tampoco nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción.*

La devoción mariana según san Luis María Grignion de Montfort. Fundamento y valor teológico

En este trabajo, el padre Francisco Solá, S.I. (1907-1993), eminente mariólogo, presentaba los fundamentos teológicos y ascéticos de la Esclavitud voluntaria de amor a Jesucristo por María, o Doctrina de la Verdadera Devoción a la Virgen Santísima para una mejor Consagración a Jesucristo.

No cabe duda de que los tiempos cambian y con ellos los gustos, los sentimientos, los objetivos, etc. Lo vemos en la pintura, la escultura, la música, la arquitectura, las mismas ciencias (astronáutica, física, economía... y hasta en las matemáticas). ¿Se debe esto a la ley de la evolución, del crecimiento...? No importa ahora saber la causa.

Pasando al orden moral y religioso, el fenómeno se repite. Pero aquí reviste una gravedad especial porque la consecuencia que le sigue es el enfriamiento, tibieza, descuido, abandono e incluso animadversión. No pretendemos, sin embargo, examinar estos extremos, sino atender a matices dentro del campo de la piedad misma. Hace ya muchos años, cuando allá por los inicios del segundo cuarto del presente siglo xx se daban los Ejercicios de san Ignacio de Loyola, al llegar a la meditación llamada del «rey temporal y del rey eterno», invitaban a la conquista de «su» reino, y el ejercitador exponía: «esta meditación es reminiscencia del espíritu militar medieval de San Ignacio». A muchos no les dice nada la fidelidad a un rey, el deseo de conquista de un reino. Hoy sería de más actualidad, movería más el espíritu moderno, presentar a un financiero que propone una empresa muy prometedora y en circunstancias muy seguras y lucrativas. ¿Quién no se adheriría? Al idealismo antiguo se le propone el materialismo moderno.

Pues esto creemos ocurre con la devoción mariana de la «Esclavitud» propuesta por san Luis María de Montfort de una forma muy imperiosa y tajante, como un medio poco menos que necesario y casi único para adquirir la perfección. En tiempo de libertad, democracia y derechos humanos, ¿hablar de esclavitud? La ascética de hoy y hasta la teología (?) moderna rechazan un Dios, un Cristo Señor, Rey, Juez... y lo quieren sólo Padre, Amor. ¿Hay lugar a hacernos esclavos? ¿No es mejor, más auténtico, hacernos —mejor dicho—, reconocernos hijos de un Dios, Padre, Amor?

Examinemos la realidad ascético-teológica y advirtamos de antemano que el Cristianismo es y será siempre el mismo. «Christus heri, hodie et semper. Unus Deus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et homo, homo Christus Jesus». Veamos, pues, qué nos dice la Escritura, el Magisterio, la Teología y la Ascética.

La esencia del Cristianismo está en el sacramento por el que nos hacemos cristianos, el Bautismo. Este lo tenemos sublimado en el de Jesús en el Jordán. Aquel bautismo de Juan no era más que un símbolo sin valor eficaz. Pero al salir Cristo del agua, apareció sobre Él el Espíritu Santo y se oyó la voz del Padre: «Este es mi Hijo el amado».

Y Cristo instituyó «su bautismo en agua y Espíritu Santo», que es una auténtica generación espiritual. El bautizado es una criatura de Dios, sin posibilidad natural de ser hijo de Dios, ya que no participa de la naturaleza divina. Pero el bautizado «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» engendra en aquella criatura de Dios una nueva «criatura» ya divinizada por la gracia del Espíritu Santo que se le ha dado, y la voz del Padre ya se puede oír: «este es mi Hijo amado». El cristiano es hijo adoptivo de Dios. Ya puede y debe llamar a Dios «Padre». La esencia, pues, del Cristianismo es la filiación adoptiva de Dios, el ser el cristiano hijo de Dios.

Podríamos reforzar esta idea con las repetidas declaraciones del propio Jesús a Nicodemo, a los escribas y fariseos, y sobre todo en el sermón de la Cena, y, además en las cartas de San Pablo y de San Juan, que se condensa todo en esta expresión: «Dios es Amor»; y en esta otra: «Hijitos, mirad el amor que Dios nos tiene, que podemos ser llamados hijos de Dios y ¡lo somos!». Pero todo es evidente y de fe. Ni lo podemos discutir: mucho menos, dudar. Lo que sí nos interesa es ver *cómo hemos de ejercer aquí en la tierra esta filiación divina, en nuestras relaciones cotidianas con Dios, nuestro Padre.*

Creemos que es también indiscutible que el cristiano ha de tomar como modelo a Cristo, de suerte que pueda llegar a decir, como san Pablo: «mi vivir es Cristo, vivo yo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí», etc. Y el mismo Cristo se nos puso como modelo: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado»; «quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame». «Al discípulo le basta que sea como su Maestro». «Si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, también habéis de hacerlo vosotros. Os he dado ejemplo».

La conclusión indiscutible es «Hemos de amar a Dios como Cristo»: *Hemos de ser hijos de Dios como lo fue*

Cristo (salvo siempre la diferencia tan esencial de la «unión hipostática», que nosotros no poseemos). ¿Cómo se portó Cristo con su Padre? ¿Cómo manifestó que le amaba como Hijo y no como criado? Los Evangelios y todo el Nuevo Testamento son claros y explícitos.

Dice el autor de la Carta a los Hebreos que al entrar Cristo en el mundo, es decir, en el momento de su concepción virginal y creación de su alma unida al Verbo, dijo: «En el pomo del libro está escrito de mí: Oh Dios, que haga tu voluntad, Dios mío, así lo quiero; y tu ley está en el centro de mi corazón». Es decir, se entrega a Dios, su Padre, para cumplir plenamente su voluntad. Y tanto es esto verdad, que dirá más adelante: «Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió». Pero creemos que no es menester insistir demasiado en aducir textos y más textos. Bástenos el tan conocido de san Pablo, quien con expresiones un tanto difíciles de traducir a la letra, expone los sentimientos del Corazón de Cristo con relación a su comportamiento con el Padre. Cristo, dice, tenía conciencia de ser Dios y, sin embargo, no creyó denigrante ni impropio de su rango «el anonadarse tomando la forma de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y reducido a la condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Filip. 2, 5-8).

A la palabra griega *doulos* (siervo, esclavo), le hemos dado este segundo valor más fuerte porque concuerda con el equivalente empleado por san Lucas, al poner en boca de María «He aquí la *esclava* (doule, ancilla) del Señor», que se repite en el «Magnificat»: «porque ha mirado Dios la pequeñez de su *esclava*» (doule, ancilla). Y la realidad fue convertirse Cristo en un *esclavo*, no un mero siervo o criado, ya que fue «vendido» por el precio de un esclavo, y como tal fue condenado al suplicio de la cruz, que era también el más propio de los esclavos.

Tenemos, pues, que Cristo, el Hijo de Dios, se sometió al Padre como un *esclavo* voluntario para todo hacer y cumplir su paterna voluntad; voluntad que para Cristo es un «mandato». La expresión de san Pablo «se anonadó tomando forma de esclavo» quiere significar la humildad y sumisión tan grande y sublime de Cristo-Hijo a su Padre, que escoge lo más bajo que existía en el orden de «sumisión y dependencia»: el esclavo, que era una «cosa», más que una «persona»; no tenía derecho alguno, ni a la vida. Y Jesús, el Hijo, toma esta «degradación, anonadamiento» por *amor de Hijo*, cuya voluntad está tan identificada con la de su Padre que exclamará en momento crucial: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». Consecuencia de lo dicho es: *la filiación más perfecta, la de Cristo, es la esclavitud voluntaria por amor*.

«La iglesia, dice el Concilio Vaticano II, mira a María como a un modelo». También nosotros, después de Jesús, hemos de tener como modelo a la Virgen Santísima, que no en balde nos la dio por Madre el mismo Jesús, y ya hemos dicho que María, puesta en la alternati-

va de aceptar o declinar la proposición de ser Madre del Redentor, no quiere pronunciarse sin más ni más. Para Ella, como será para Jesús, es un mandato todo lo que parece —aunque no se mande— voluntad de Dios. Dios, pues, la escoge por *Madre* de su Hijo, pero quiere su «asentimiento». María comprende, pero no puede en su humildad, aceptar tal dignidad, ni en su obediencia rechazarla. Su postura y asentimiento interno es de una entrega *total* a Dios. No concibe resistencia a los deseos divinos. También Ella se «anonada» delante de Dios y se hace voluntariamente su *esclava*. ¿Puede decir no a Dios un alma tan amante? Lo mejor, lo más sublime, es identificarse con el Amado. Pero, ¿cómo? El Espíritu Santo que descendió sobre Ella y la virtud del Altísimo que la cubrió con su sombra, se lo enseña. Y María descubre el «secreto». Seré la «esclava (doule, ancilla) del Señor»; no tendré voluntad propia delante de mi Señor, delante de mi Padre; mi voluntad es únicamente hacer la suya. Yo soy toda, totalmente suya.

¿Qué bautizado querrá ser auténtico cristiano y no ser como Cristo y María? Se comprende, a la luz de la actitud de Jesús y de María en realizar respectivamente su Filiación divina y su divina Maternidad por medio de la *esclavitud voluntaria de amor*, como símbolo o método el más sublime de amor, por qué san Luis María Grignon de Montfort creyó haber descubierto un «secreto», esta manera que tenía la Virgen de entregarse totalmente a Dios.

Nuestra entrega a la Virgen es un SÍ que incluye todo el ser; es una esclavitud de amor. Es cierto que «in medio consistit virtus», es decir, toda virtud tiene sus límites, la prudencia, fuera de los cuales (exceso, defecto) se pierde la virtud. Sin embargo, la caridad, el amor de Dios, no tiene límite alguno: cuanto más, mejor. La Esclavitud Mariana de amor no tendrá un tope, y por esto dice Montfort que el alma ha de estar «sin cesar ocupada... en el continuo mirar o contemplación...», y habla de «hacer todas las cosas por, con, en y para María», y hasta de «respirar a María como los cuerpos respiran el aire», todo ello para una mejor y más segura unión con Jesucristo.

Creemos que a la luz de estas consideraciones, que pueden dar lugar a un grueso volumen de teología ascética, se disipan todas las sombras que la «hipócrita» defensa de los derechos humanos y de la libertad de la democracia de finales del siglo xx quieren arrojar sobre la palabra esclavitud. La doctrina de San Luis María de Montfort nos ha dado —por no citar más que dos de nuestros días— a un cardenal Wyszynski, que se firmaba «esclavo de María», y un Juan Pablo II cuyo lema es: «Totus tuus» (montfortiano). Frase, esta última, que encierra todo el sentido de la *Esclavitud Mariana*: una entrega total, incondicional, amorosa y filial, a María, la Madre de Jesús y Madre nuestra, cuya misión es hacer de cada uno de sus «esclavitos» otro Jesús, hecho esclavo por nosotros.

Singularidad trascendente de la doctrina mariana de san Luis María Grignon de Montfort

Juan Lladó*

Deseamos ante todo salir al paso de lo que injustamente pudiera decirse o pensarse de que san Luis María Grignon de Montfort tenga la exclusiva de la devoción a la Virgen Santísima, Madre de Dios. Este santo sí es, efectivamente, muy conocido por su doctrina mariana, pero también existe un desconocimiento bastante general de lo que es propiamente su doctrina inspirada por el Espíritu Santo. Se trata de aquella aportación novedosa con que los santos en cierta manera enriquecen al conjunto de la Iglesia. Esto es lo que aquí especialmente nos proponemos señalar.

En este empeño queremos identificarnos con las palabras de nuestro Santo Padre (de su libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, cap. 32): «El Concilio Vaticano II da un paso de gigante tanto en la doctrina como en la devoción mariana. No es posible traer aquí ahora todo el maravilloso capítulo VII de la *Lumen Gentium*, pero habría que hacerlo». Este texto conciliar forma parte del objetivo apostólico de la Sociedad Internacional Grignon de Montfort (SIGM) y Fundación Montfort Internacional (FMI). Este mismo Papa en muchas ocasiones recomienda asimismo la doctrina de Montfort y lo hace excepcionalmente a toda la Iglesia en la encíclica *Redemptoris Mater*, núm. 48.

La forma y originalidad profunda de Montfort suele despertar en las almas verdaderos deseos de santificación y de consagración absoluta a Jesús por María (núm. 5); pero esta doctrina, por importante que sea, no debemos imponerla; sí hemos de mostrarla a todos los creyentes para que quien desee libremente practicarla pueda hacerlo.

María, escondida durante siglos

Cuando el Espíritu Santo inspiró a san Luis María Grignon de Montfort, en el siglo XVIII, la Doctrina de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, se iniciaba con ello en el cristianismo una época en que, ciertamente, aparecían como definidas las bases para la *venida del Reino de Cristo por su Santísima Madre*. Y así nos podemos preguntar: ¿por qué no nos descubrió antes el Espíritu Santo esta doctrina maravillosa sobre la Madre de Dios, siendo Ella tan necesaria para los hombres, según la misma voluntad divina?

Montfort nos responde a esta pregunta: «la divina *María ha estado desconocida hasta ahora, y es ésta una de las razones por las cuales Jesucristo no es conocido como debe serlo*» (VD 13).** «María casi no se manifestó en el primer advenimiento de Jesucristo a fin de que los hombres, aún poco instruidos e ilustrados acerca de la persona de su Hijo, no se separasen de Él adhiriéndose demasiado fuerte y groseramente a Ella, lo que aparentemente hubiera sucedido si María hubiese sido conocida a causa de admirables encantos que el Altísimo había puesto incluso en su exterior. Pero en el segundo advenimiento de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo a fin de hacer por Ella que sea mejor conocido, amado y servido Jesucristo. Las razones que movieron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida, y a no manifestarla sino muy poco después de la predicación del Evangelio, no subsisten ya» (VD 49).

Devoción cristocéntrica

La doctrina mariana de Montfort, totalmente cristocéntrica, se caracteriza por hacer vivir una «devoción verdadera», que es una «consagración total» a la Madre de Dios y Madre nuestra para la más perfecta consagración a Jesucristo. Las características cualitativas de esta devoción, interior, tierna, santa, constante y desinteresada (VD 105-110), se unen a su distinción cuantitativa, que es un *amor total*, es decir, a la *esclavitud voluntaria de amor* (VD 68-77, SM 29-48). Esto equivale a una viva presencia de la caridad, que es la virtud que no tiene tope y que no necesita de la prudencia. He aquí porque, según la doctrina de Montfort, el alma ha de procurar estar «sin cesar ocupada... en el continuo mirar o contemplación... aun de modo que sea ésta su principal ocupación» (SM 71); y ha de tratar de «hacer todas las cosas por, con, en y para María...; a fin de practicarlas más perfectamente por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús» (SM 42-48, VD 257-261); hasta debería tratar el

*Juan Lladó es el fundador de la Sociedad Internacional Grignon de Montfort.

**Para las citas:VD: *Tratado de la verdadera devoción*; SM: *El secreto de María*; ASE: *El amor de la Sabiduría eterna*.

alma, dice el Santo, de «respirar a María como los cuerpos respiran al aire» (VD 217). *Todo ello para una mejor y más segura unión con Jesucristo*. No tengamos miedo de acercarnos a esta práctica interior y perfecta (VD 257-265, SM 42-48) aunque parezca humanamente imposible de conseguir plenamente. Si nos esforzamos en tender a ella, obrará en nosotros el Espíritu Santo.

El «tanto cuanto»

Veamos ahora algunos textos que reflejan aquella otra característica importante de esta doctrina, como la *cuantidad sobresaliente del «tanto cuanto», en la que insiste el Santo para acercarnos cada vez más a la unión vital con Jesucristo*: «Cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones... más perfectamente encontraréis a Jesucristo» (VD 165); «cuanto más ganes la benevolencia de esta Augusta Princesa y Virgen fiel, tanto mayor será la pura fe que guiará todos tus actos» (VD 214); «cuanto más dejes a María obrar en la Comunión, tanto más será Jesús glorificado; y dejarás tanto más obrar a María para Jesús... cuanto más profundamente te humilles» (VD 273); «cuanto más consagrada esté tu alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo» (VD 120). «Sólo para Dios nació María y tan lejos está de ¡retener! consigo a las almas que, por el contrario, hace que remonten hacia Dios su vuelo, y tanto más perfectamente las unen con Él, cuanto con Ella están más unidas» (SM 21); «cuanto más halla el Espíritu Santo a María,... es tanto más activo y poderoso para producir a Jesucristo en esta alma» (VD 20); «el Espíritu Santo comunica a esta alma con abundancia, tanto cuanto ella da cabida a su Esposa» (VD 36).

Camino de santificación

«Si la devoción a María es necesaria a todos los hombres simplemente para alcanzar la salvación», nos dice nuestro Santo que «es aún más necesaria a los que son llamados a una perfección particular» (VD 43); «y no creo —dice— que una persona pueda adquirir una unión íntima con Nuestro Señor y una fidelidad perfecta al Espíritu Santo sin una unión grandísima con la Santísima Virgen y una gran dependencia de su socorro» (VD 43; SM 70-71). «Dios quiere descubrir y manifestar a María en estos últimos tiempos como la obra más perfecta de sus manos. Porque Ella se ha escondido en este mundo, colocándose más bajo que el polvo por su profunda humildad, ha alcanzado de Dios... no ser suficientemente conocida. Porque, siendo la más perfecta

obra de Dios, quiere Él mismo que sea glorificada y ensalzada en la tierra por los hombres...» (VD 50). La doctrina Mariana, practicada como indica Montfort, *lleva más a la santidad que ninguna otra. Y es santidad lo que más falta hace en el mundo. Por otra parte, «todos y cada uno de los bautizados en Cristo tenemos la obligación de aspirar a la perfección de la vida cristiana»* (Vat. II, Lumen Gentium, Cap. 5), según aquello del Apóstol: «*la voluntad de Dios es vuestra santificación*» (1 Tes 4,3).

Dios quiere que ahora se conozca y se ame más a María

Advirtamos bien que nuestro Santo insiste en que «*Dios quiere que su Santísima Madre sea ahora más conocida, más amada, más honrada que lo ha sido jamás*. Y será así sin duda, si los predestinados entran en la gracia y en la luz del Espíritu Santo, en la práctica interior y perfecta que yo les manifestaré luego...», dice (VD 55). Y no nos hemos de sorprender que en otro lugar llegue a decir el Santo: «¿Cuándo llegará ese tiempo feliz... en que las almas... lleguen a ser copias vivientes de María para amar y glorificar a Jesucristo? Este tiempo no llegará más —dice— que cuando se conozca la devoción que yo enseño» (VD 217).

Tratemos ahora de entender «*cuán altamente se glorifica a Dios desde el momento en que para complacerlo se somete uno a María, a imitación de Jesucristo, nuestro único modelo*» (VD 18). «La inclinación más fuerte de María a Jesucristo, su Hijo, y el más fuerte deseo del Hijo es que se vaya a Él por su Santísima Madre» (VD 75). «Jamás se honra más a Jesucristo que cuando más se honra a su Santísima Madre, toda vez que no se honra a María sino con el objeto de honrar más perfectamente a Jesucristo» (VD 94). No olvidemos que esta doctrina «es un secreto que casi todo el mundo ignora» (SM 69), mayormente por la manera de consagrarse de la Virgen como esclava del Señor (Lc. 1, 38).

No podemos aquí pasar por alto lo que advierte san Luis María que no dice el Espíritu Santo: si alguno se halla necesitado de caridad, de humildad, de paciencia, etc, que son virtudes tan excelentes, sino: «*si alguno tiene necesidad de sabiduría..., porque pidiendo la Sabiduría, con un deseo ardiente, oración continua, mortificación universal, y con una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen* (ASE 181-203), *se piden al mismo tiempo todas la virtudes en ellas en ella encerradas*» (ASE 184). «La Sabiduría se ha de pedir con fe viva, firme y pura, con perseverancia» (ASE 185-188), para ayudarnos a vivir aquella práctica interior, base de la doctrina del Santo.

Medianera de todas las gracias

Debemos también afirmar que «María es la Señora de la divina Sabiduría: no que sea superior a esta divina Sabiduría, verdadero Dios, ni que sea igual a Ella —fuera blasfemia el pensarlo y decirlo—, sino porque Dios Hijo, la Sabiduría eterna, con haberse sometido en todo a María, como a su Madre, la ha otorgado sobre sí mismo un poder maternal y natural del todo incomprensible, no sólo durante su vida mortal, sino incluso en el cielo, ya que la gloria no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. En virtud de esto, Jesús en el cielo es, más que nunca, Hijo de María, y María, Madre de Jesús. En este sentido María tiene autoridad sobre Él, y Él, en cierto modo, le está sumiso, porque así lo ha querido; es decir, que *María, por su poderosa oración y gracias a su divina maternidad, obtiene de Jesús todo cuanto quiere, lo da a quien quiere y le engendra todos los días en las almas que Ella quiere*» (ASE 205).

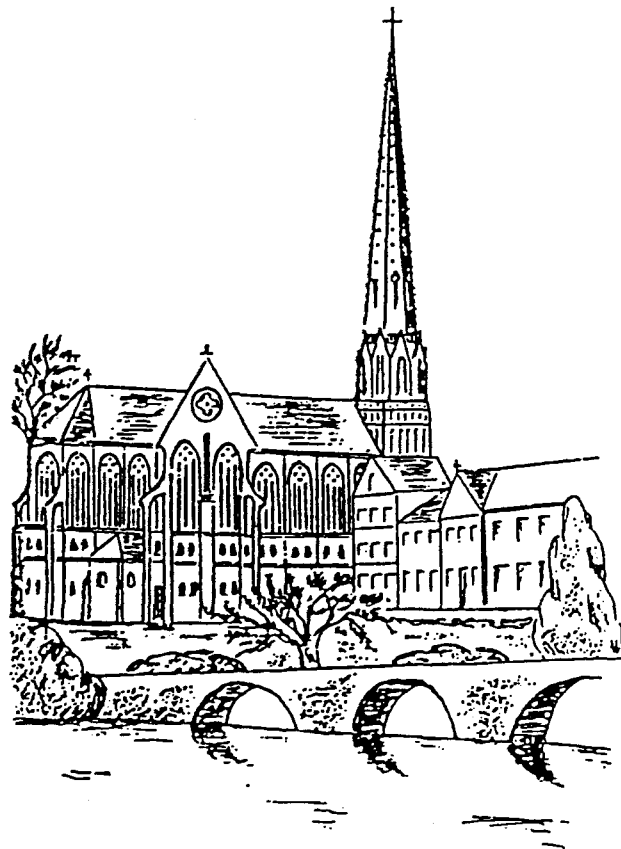
Junto a la doctrina de Montfort se ha de tener en cuenta su espíritu y mensaje proféticos. «*Si, pues, como es cierto, el Reino de Jesucristo ha de venir al mundo, no será*

sino consecuencia necesaria del conocimiento del reino de la Santísima Virgen que le trajo la vez primera y le hará resplandecer en la segunda venida» (VD 13).

Consagración total a María

Hemos de recordar también que Montfort seleccionó una *jaculatoria muy importante para dejarnos conducir por el espíritu de María*: «*Me renuncio a mí mismo, me entrego a Vos, mi amada Madre*» (VD 259)...» Se debe, de cuando en cuando, durante la obra y después de ella, renovar el mismo acto de ofrecimiento y de unión, y cuanto más así lo hagamos, más pronto nos santificaremos» (VD 259).

Finalmente, señalemos una valoración exquisita que Juan Pablo II hace de la doctrina de Montfort: «*Cuanto más se ha centrado mi vida en la realidad de la Redención, más claro he visto que la entrega a María, tal como la presenta Montfort, es el mejor medio de participar y compartir con los demás unas riquezas inefables*» (A. Frossard dialoga con Juan Pablo II).



La capilla de la Sabiduría

EL CAMINO MÁS PERFECTO

Gerardo Manresa

En julio de 1714, dos años antes de su muerte, Montfort va caminando desde La Rochela a Ruan para ver a su amigo de la niñez, seminarista con él en San Sulpicio y sacerdote, Juan B. Blain, para convencerle de que siga su camino de misionero apostólico para llevar a toda aquella pobre gente, acosada por el jansenismo, el calvinismo, el galicanismo, la vida mundana y el naturalismo naciente, por el camino de la salvación. Después de explicarle su intención, Blain le responde que su conducta y sus modales son muy extravagantes, su vida muy pobre y austera y, así, nadie le va a seguir. Montfort no niega estas afirmaciones a su amigo pero le dice: **«mi camino es el más recto, más seguro y más perfecto»**.

¿Por qué estaba tan seguro, Montfort, de que su camino era el más perfecto? ¿Qué ventajas le podría traer este camino que no tuvieran otros? ¿Qué medios le proporcionaba este camino para llegar más rápidamente a alcanzar la Sabiduría eterna?

La seguridad que san Luis María tenía de que su camino para conducir a los pecadores a la salvación era el más perfecto no se fundamentaba en sus conocimientos de teología, que pudieran darle una base sólida para rebatir todos los ataques de sus opositores, ni en ningún apoyo humano. Simplemente, observó que la Sabiduría Eterna, el Verbo de Dios, para conseguir atraer a su Padre a todos los pecadores, por su muerte en cruz, pudiendo escoger entre muchos caminos, elige uno: se encarna en las entrañas de la mujer más humilde: María, que a partir de ahora será la Madre de Dios y, con una simplicidad sorprendente, decide que, si la Sabiduría eterna eligió este camino para que Dios llegara hasta los hombres, es que debía ser el mejor y más perfecto de todos. Por ello, indica Montfort, nosotros no podemos dudar de ello: el camino hacia la Sabiduría encarnada ha de ser María.

No se equivocaba el santo misionero apostólico, porque eligiendo el mismo camino que recorrió la Sabiduría eterna para salvarnos, la ventaja que adquirió sobre los otros caminantes fue abismal y quisiéramos destacar la razón de ello. El camino elegido por Montfort, María, es el óptimo para profundizar en el conocimiento interno de Jesús y, consecuentemente de la Iglesia, de la que Ella es la Madre. Ello le dio a san Luis María la gracia de tener un mismo «sentir con la Iglesia», como decía san Ignacio, y vivir íntimamente en ella y sacar de ella todos los tesoros, viejos y nuevos, que para mucha gente estaban escondidos, para aplicarlos a las almas necesitadas en aquella época de duras luchas religiosas.

Vamos a ver qué tesoros sacó Montfort, que otros no podían ver porque el camino elegido no era el adecuado.

En primer lugar, quisiéramos destacar la comunión diaria. El jansenismo, que sin duda ha sido una de las herejías más peligrosas que han existido para el bien de las almas, había conseguido enfriar la piedad filial y secar espiritualmente a muchos católicos, alejándolos de los sacramentos, especialmente de la comunión y de la confesión. Viendo este peligro, Montfort no duda en aconsejar a sus hijos espirituales, aún antes de entrar en religión, la comunión diaria.

Aunque en el Concilio de Trento se aconseja la comunión frecuente, no era nada normal en aquella época que diariamente se comulgara y, en cambio, san Luis María, no duda en hacerlo. Sólo un conocimiento muy profundo del misterio de amor de la Sabiduría encarnada y de su Iglesia podía darle esta santa intuición. María le condujo a ello.

El segundo ejemplo de este sentido de Iglesia que tenía el Santo fue la devoción al Corazón de Jesús. La primera aparición del Sagrado Corazón a santa Margarita en Paray-le-Monial fue en 1673, año del nacimiento de Montfort. Hasta el año 1685, esta devoción no se empieza a extender, gracias a los escritos del san Claudio la Colombière, a través de las órdenes de la Visitación y de la Compañía de Jesús. Pocos años después, Montfort ha comprendido la importancia de esta «refugio sagrado» como «lugar de reposo y acomodo» para «el rebaño que está alojado angostamente entre los hombres», como escribe a sus Hijas de la Sabiduría, especialmente en esta época de rigorismo jansenista.

Pero el camino que ha elegido le lleva a más y en una poesía que reproducimos en estas páginas, en que canta los tesoros infinitos del Corazón de Jesús, acaba uniendo de forma inseparable al Sagrado Corazón, el Corazón Inmaculado de María. ¡Doscientos años antes de Fátima! ¿De dónde saca Montfort estos divinos tesoros sino es del arca de María?

Una tercera prueba de este sentir con la Iglesia es el abandono total en manos de la Providencia, cuando después de quince años de predicación y misión por los pueblos de La Vendée y la Bretaña deja en manos de la Providencia la continuación de su labor. A la hora de su muerte, ningún sacerdote, de los que le ayudan, ha profesado las reglas de la Compañía de María y solo cinco hijas de la Caridad que prosiguen el cuidado de los pobres y enfermos en los hospitales. Todo lo deja en manos de su Madre; a ella va a visitar para confiárselo.

Setenta años más tarde la semilla da su fruto: toda la región de La Vendée y Bretaña se levantan contra la Revolución francesa en defensa de Dios y de la Religión. Los historiadores relatan que los hogares de estos campesinos estaban presididos por el Santo Cristo, la imagen de María y una imagen de san Luis María Grignion de Montfort.

La segunda mitad del siglo xvii fue el punto de arranque de aquel movimiento, el deísmo, que, iniciándose con el lema de que el cristianismo no tiene misterios, sino que es la religión natural, acabará siendo el punto de arranque de la Ilustración, el naturalismo y todos los errores modernos. Desde esta atalaya, que son los brazos de María, Montfort ve el peligro que se cierne sobre la Iglesia y, adelantándose tres siglos a los tiempos, ve la lucha, que profetizada ya en el Génesis, ha de enfrentar a

María con la serpiente e inicia ya en esta tarea a sus futuros misioneros y a todos aquellos apóstoles de los últimos tiempos.

Podemos afirmar sin temor a errar que si bien la labor de Montfort hace trescientos años empezó ya a dar sus frutos y continuó durante la Revolución francesa y muchos años después, en estos últimos tiempos los frutos que ha de dar han de ser mucho más importantes. Y esto lo estamos viendo al contemplar cómo Juan Pablo II, hijo espiritual de san Luis María Grignion de Montfort, está llevando a la Iglesia por el mismo camino que recorrió la Sabiduría eterna.

No se equivocaba san Luis María y tampoco nos podemos equivocar hoy nosotros si elegimos el mismo camino: **A Jesús por María.**

¡ TOTUS TUUS !

Tesoros infinitos del Corazón de Jesús

Esta es la mayor maravilla,
en mis versos la quiero cantar;
mira, atiende mi voz, elegido,
y cantemos al gran Corazón.

Alzo el vuelo por sobre mí mismo
y me uno a los santos del cielo;
llego al trono del Rey de la gloria,
más excelso que el cielo y la tierra...

Dime, ahora, ¡oh ángel del cielo!,
¿cuál es ese brasero inflamado?
¡Es el pecho del Hijo de Dios
y del Hijo feliz de María!...

¡Oh prodigio y misterio de gloria,
que este mundo no puede entender!
¡cuánta fe necesita el creyente,
si en el alma no gusta su amor!

Corazón que —al llegar hasta Él—
por nosotros alaba al Creador,
y, exaltando su amor compasivo,
le celebra en condigna alabanza.

¡Maravilla! Humillado ante el Padre,
le hallarás en amor noche y día,
alabando, adorando, implorando,
por nosotros hablando al Señor...

¡Oh! ¡Qué llamas de amor a su Padre
las que se alzan de Él noche y día!
¡Qué amor siempre tan puro y ardiente
muestra al hombre, su hermano menor!...

Desde que es Corazón, Él nos ama,
sin dejarnos de amar un instante;
sí, nos ama al igual que a sí mismo,
en exceso infinito de amor...

Esta sí que es la fuente admirable
de los dones de amor del Espíritu;
este sí que es tesoro sagrado
de la gracia y amor de Jesús.

Es la fuente feliz de la vida,
donde todos los santos bebieron,
y el incendio feliz de sus almas
en transportes de amor inflamó...

Es el templo más santo y perfecto
do se evitan el mal y el pecado,
donde el alma cubierta de manchas
logra todas sus culpas lavar.

Es ciudad de refugio segura,
que jamás puede ser expugnada;
es el arca inmortal del diluvio,
que anegada jamás quedará...

Corazón que es la puerta sagrada
de la cámara santa de Dios,
do las almas más puras se embriagan
con el vino feliz de su amor...

Corazón que es un arca viviente
que contiene la ley y el secreto
de las almas que creen los misterios
y enseñanzas que esconde la fe...

De esta fuente de espléndida lumbre
los mejores amigos de Dios
han sacado misterios profundos
y los dones mejores de Dios.

Es tesoro de amor e inocencia,
donde todos los santos se forman,
donde encuentran la auténtica vida
y realizan sus grandes empresas.

Corazón que es asilo sagrado,
donde se halla la paz verdadera;
Corazón, paraíso terrestre,
donde viven los hombres de Dios...

Corazón, el abismo más hondo
de la más consumada humildad;
Corazón, trono excelso y sublime
del más grande y espléndido amor.

Corazón que yo adoro y celebro
mientras canto y alabo a la Madre
admirable en su gran Corazón;
¡tan estrecha es la unión de los dos!

A ti solo venero y adoro,
Corazón de mi Dios y Señor,
y, adorándote, sirvo y venero
de mi Reina, María, el Corazón.

Corazón de la Virgen María,
medio excelso de amar al Señor,
pues Jesús ha tomado la vida
en su pecho y sublime virtud.

Corazón cuya sangre ha formado
al de Cristo inflamado de amor;
los dos laten con un solo pecho,
y amor grande merecen los dos...

Sin reservas, arrójate, alma,
en los dos Corazones sagrados,
uno y otro a la vez comprometen
a entregarle el nuestro en retorno.

Sube, alma, por el de la Madre
hasta el pecho eternal del Altísimo
y perfecta te harás enseguida
al amarlo como Él se merece.

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT Y EL REINO DE CRISTO

José M^a Petit Sullá

San Luis María de Montfort escribió en los primeros años del siglo XVIII unos tratados marianos, muy fervoros y singulares que, por providencia de Dios, no se conocieron hasta la mitad del pasado siglo XIX, exactamente en 1842, doce años antes de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Esto puede parecer anecdótico y, por ello mismo, una beatería el ponerlo en el plan de una providencia específica. Pero si atenemos al tono marcadamente centrado en la segunda venida de Jesucristo de que está impregnada toda la obra del Santo, esta circunstancia encuentra su providencial justificación. El conocimiento de la obra del santo de Montfort había de quedar reservada, para poder ser mejor entendida, para el siglo de la mayor conciencia de estar presentes los tiempos del Anticristo y próximos los del reinado de Nuestro Señor Jesucristo. Porque «la Mujer», la Virgen Madre, es la que habrá de aplastar la cabeza de la serpiente, según dijo Pío IX en la bula *Ineffabilis Deus* al proclamar el dogma de la Inmaculada.

Es sabido que el gran devoto de María muestra una profunda y sólida devoción a Nuestra Señora totalmente centrada en Jesucristo y que nos enseña que la misión de María es precisamente engendrar a los otros cristos, todos los cristianos, en su seno virginal y maternal. El mensaje montfortiano consiste precisamente en poner máximamente de relieve el papel fundamental de María en la tarea santificadora de los cristianos según la doctrina del cuerpo místico de Cristo, que nos ilumina la tarea de María respecto a todos los que han sido llamados a la vida de la gracia. María no engendró un monstruo sino al ser completo, primero la Cabeza, Cristo, y después todos los miembros, nosotros los cristianos. María es el molde en que se han de forjar de nuevo los nacidos de mujer, para ser conformados según el único modelo, Jesucristo y esta es su tarea constante a lo largo de la vida de la Iglesia. Quien se deja moldear por María, sin dolorosos y defectibles golpes de cincel, será una perfecta copia del divino Modelo.

La devoción mariana no es optativa sino señal de predestinación. Nadie va a Cristo sino por María, pues el Espíritu Santo la fecundó de Dios y la hizo Madre de Dios y Ella, a su vez, como prolongación de esta gracia, hace que este mismo Espíritu sea fecundo en cada hombre y engendre en él un verdadero cristiano. Esta acción apostólica de María en la vida de cada día se hace en

coherencia con el plan de Dios, que la hizo Madre real del Verbo hecho carne una vez, para siempre, en la historia. En el plan de la Sabiduría Infinita —es sabido el uso del término *Sabiduría encarnada* para referirse a Jesucristo, y de *Trono de la Sabiduría* para referirse a María— los hechos históricos marcan y justifican las acciones de Dios en lo interior de cada alma que ha de ser salvada.

A la luz de esta verdad, aunque se ha hecho en ello poco hincapié, la misión de María resulta también una misión escatológica que forma parte del plan providencial de Dios sobre toda la humanidad. En efecto, esta economía de la salvación parte de la Encarnación, según el proyecto decretado desde la eternidad por la Santísima Trinidad, misterio nuclear de nuestra fe, se realiza con el humilde advenimiento del Hijo de Dios en el seno de María y se consumará en el advenimiento glorioso de Jesucristo que se habrá de realizar también por la acción de María.

¿Cómo había de estar ausente del triunfo de su Hijo quien fue el único camino, la necesaria condición, de que el Verbo divino pudiera hacerse hombre? ¿Habría que pensar que Jesucristo que no pudo venir al mundo sino por la aceptación humilde de la Virgen, vendrá a reinar entre los hombres prescindiendo del que fue instrumento esencial de su primera venida? ¿Pero podría esta presencia mariana ser solamente algo así como un adorno de tan grande triunfo? ¿Podría ser María meramente espectadora del momento más importante para la humanidad, cuando efectiva y realmente sea conocida, aceptada y practicada por todos los hombres, en todas las partes del mundo, la santa voluntad de Dios y cumplidos sus mandamientos?

Olvidar la función de la Madre de Dios en los tiempos próximos a su triunfo glorioso equivaldría a poner a María en relación con Jesús, pero sólo con la humanidad de Jesús, aquello que le prestó María en la encarnación, quitándola de en medio —valga la irrespetuosa expresión— para la acción de la gracia, para la comunicación del don del Espíritu Santo. Pero hemos explicado anteriormente que ello es desconocer el plan de Dios y su elección en María. En efecto, María, que engendra a cada cristiano en su vida particular de la gracia, prepara, precede y hace posible el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo, también cuando habrá de venir para juzgar al mundo, esto es, para reinar en él.

Los textos de San Luis María Grignion no ofrecen lugar a dudas de que tenía expresamente en la mente la misión de María en los tiempos de plenitud de realización del plan de Dios, concretamente los que llama «últimos tiempos».

A nosotros nos toca sólo llamar la atención sobre la concordancia de esta dimensión escatológica con la más genuina devoción mariana, pues María es singular por

su perfección, pero su acción maternal no puede ser separada de la de su Hijo con quien está eternamente asociada de modo que, como dice el santo, todo Jesús está en María y toda María está en Jesús. Nos limitamos aquí a destacar algunos textos en que se muestra esta incardinación entre la acción en el alma del devoto de María y el contexto de su actuación como apóstol de los últimos tiempos.

Presencia de María en la segunda venida de Jesucristo

Así como por María, vino Dios al mundo la vez primera en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá segunda vez, como toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? ¿Cómo y cuándo?, ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperado de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura.

Pero todavía debe creerse que al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa, suscitará Dios grandes hombres llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María por los cuales esta Divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra para destruir en ella el pecado y establecer el reinado de Jesucristo su Hijo sobre el corrompido mundo.¹

1. Jesucristo ha venido al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por medio de Ella debe también reinar en el mundo.²

13. Mi corazón ha dictado todo lo que acabo de escribir con un regocijo particular, para demostrar que la divina María ha estado desconocida hasta ahora, y que es una de las razones por las cuales Jesucristo no es conocido como debe serlo. Si, pues, como es cierto, el reino de Jesucristo ha de venir al mundo, no será sino consecuencia necesaria del conocimiento del reino de la Santísima Virgen María, que le trajo al mundo la vez primera y le hará resplandecer en la segunda venida.³

22. Y la conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad han observado en la Encarnación y en la primera venida de Jesucristo la siguen todos los días, de una manera invisible en la Santa Iglesia, y la observarán hasta la consumación de los siglos, aun en la última venida del Señor.⁴

47. He dicho que eso sucederá especialmente al fin del mundo, y bien pronto, porque el Altísimo con su Santísima Madre deben suscitar grandes santos que excederán tanto más en santidad a la mayor parte de los demás santos, cuando sobresalen los cedros del Líbano entre los arbustos, como le ha sido revelado a una alma santa cuya vida ha sido escrita por un gran servidor de Dios, M. de Renty.

48. Estas grandes almas, llenas de gracia y de celo, serán escogidas para oponerse a los enemigos de Dios, que bramarán por todas partes, y serán especialmente devotas de la Santísima

1. San Luis María Grignion de Montfort: *El Tesoro de María*, Barcelona, Casals, 1979, pp. 67-68.

2. San Luis María Grignion de Montfort: *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, Barcelona, Casals, 1981, p. 17.

3. *Ibid.*, p. 21

4. *Ibid.*, p. 25.

Virgen, esclarecidas por su luz, alimentadas con su leche, conducidas por su espíritu, sostenidas por su brazo y guardadas bajo su protección de tal modo que combatirán con una mano y edificarán con la otra.

Combatirán con una mano, derribarán, aplastarán a los herejes con sus herejías, a los cismáticos con sus cismas, a los idólatras con sus idolatrías y a los pecadores con sus impiedades, y con la otra mano edificarán el templo del verdadero Salomón y la mística ciudad de Dios, es decir, honrarán a la Santísima Virgen llamada por los Santos Padres *el templo de Salomón y la ciudad de Dios*. En fuerza de sus palabras y de su ejemplo conducirán a todo el mundo a su verdadera devoción, lo cual les granjeará muchos enemigos, pero también muchas victorias a ellos y mucha gloria para sólo Dios. Esto le fue revelado a San Vicente Ferrer, como él mismo lo consignó claramente en una de sus obras.

El mismo Espíritu Santo parece haber predicho esta verdad en el salmo LVIII, con estas palabras: *Y sabrán que el Señor reinará en Jacob y sobre toda la tierra; ellos se convertirán, aunque tarde, sufriendo el hambre, como perros famélicos, y acudirán alrededor de la ciudad para encontrar qué comer.*

Esta ciudad que los hombres encontrarán al fin del mundo para convertirse y para saciar el hambre de justicia que tendrán, es la Santísima Virgen, llamada por el Espíritu Santo *casa y ciudad de Dios*.

49. Por María comenzó la salvación del mundo, y por María debe consumarse; María no se manifestó casi en el primer advenimiento de Jesucristo, a fin de que los hombres, aún poco instruidos e ilustrados acerca de la persona de su Hijo, no se separasen de Él, adhiriéndose demasiado fuerte y groseramente a Ella, lo que aparentemente hubiera sucedido si María hubiese sido conocida, a causa de los admirables encantos que el Altísimo había puesto incluso en su exterior, lo cual es tan cierto, que San Dionisio Aeropagita nos ha dejado escrito que, cuando la vio, la hubiera tomado por una divinidad por sus secretos atractivos y su incomparable belleza, si la fe, en que estaba bien fundado, no le hubiese enseñado lo contrario. Pero en el segundo advenimiento de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo a fin de hacer por Ella que sea conocido, amado y servido Jesucristo. Las razones que movieron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida, y a no manifestarla sino muy poco después de la predicación del Evangelio, no subsisten ya.

50. Dios quiere, pues, descubrir y manifestar a María como la más perfecta obra de sus manos, en estos últimos tiempos:

1º. Porque Ella se ha escondido en este mundo y colocándose más bajo que el polvo por su profunda humildad, habiendo alcanzado de Dios, de sus Apóstoles y de sus Evangelistas el no ser suficientemente conocida.

2º. Porque siendo la más perfecta obra de Dios, tanto acá abajo por la gracia, como en el cielo por la gloria, quiere el mismo Dios que sea glorificada y ensalzada en la tierra por los hombres.

3º. Como es la aurora que precede y descubre al Sol de justicia que es Jesucristo debe ser reconocida y manifestada, a fin de que lo sea su divino Hijo.

4º. Siendo el camino por donde primera vez vino Jesucristo a nosotros, lo será también cuando venga por segunda vez, aunque no del mismo modo.

...

7º. María, en fin, debe ser terrible al demonio y a sus secuaces como un ejército ordenado en batalla, principalmente en estas últimas edades; porque sabiendo Satanás que le queda poco tiempo, y menos que nunca, para perder almas, redoblará diariamente sus esfuerzos y sus combates, suscitará inmediatamente nuevas persecuciones, y tenderá terribles emboscadas a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes vence más difícilmente que a los demás.

51. De estas últimas y crueles persecuciones del demonio, que se aumentarán diariamente hasta el reino del Anticristo, debe principalmente entenderse aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, lanzada contra la serpiente en el paraíso terrestre que aquí es oportuno explicar para gloria de la Santísima Virgen, salvación de sus hijos y confusión de Satanás.

Enemistades pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje, ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas a su calcañar (Gen., 3, 14).⁵

54. Dios no puso solamente una enemistad, sino que puso *enemistades* entre María y Lucifer, y no sólo las puso entre María y Lucifer sino entre la raza de la Virgen y la raza del demonio; es decir, Dios ha formado enemistades, predestinados; pero la humilde María alcanzará siempre victoria sobre el orgulloso Satanás, y será ésta tan grande, que llegará a aplastarle la cabeza, en que reside su orgullo; María descubrirá siempre la malicia de la infernal serpiente y sus tramas infernales; desvanecerá sus diabólicos consejos y librára a sus fieles servidores hasta el fin de los tiempos de sus crueles garras.

Empero, el poder de María sobre todos los demonios resplandecerá particularmente en los últimos tiempos en que Satanás pondrá asechanzas a su calcañar, es decir, a los humildes esclavos y a los pobres hijos que María suscitará para hacer la guerra al infierno.⁶

217. *El alma de la Santísima Virgen se os comunicará para glorificar al Señor*; su espíritu entrará en el lugar del vuestro, para regocijarse en Dios, su Salvador, siempre que seáis fieles a las prácticas de esta devoción.

¡Ah! ¿Cuándo llegará aquel dichoso tiempo, dice un santo varón de nuestros días, en que todo estará lleno de María? ¡Ah! ¿Cuándo llegará esa feliz época en que la Virgen Santísima será la señora y soberana de todos los corazones para someterlos plenamente al imperio de su grande y único Jesús? ¿Cuándo las almas respirarán a María, como los cuerpos respiran el aire? Cosas maravillosas sucederán entonces en este lugar de miseria, en que, encontrando el Espíritu Santo a su amada Esposa como reproducida en las almas fieles, vendrá sobre ellas abundantemente y las colmará de sus dones, y particularmente del don de la sabiduría, para obrar maravillas de la gracia; ¿cuándo llegará ese tiempo feliz y ese siglo de María en que las almas, absorbiéndose en el abismo de su interior, lleguen a ser copias vivientes de María para amar y glorificar a Jesucristo? Este tiempo no llegará más que cuando se conozca la devoción que yo enseño: Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado.⁷

5. Ibid, pp. 37-41.

6. Ibid, pp. 42-43.

7. Ibid, p. 142.

Por lo cual, citando las palabras por las que Dios, anunciando el remedio para la renovación del género humano, en los albores del mundo, aplastó la audacia de la serpiente falaz e hizo renacer la esperanza de nuestro linaje con las palabras «pondré enemistades entre ti y la mujer», «entre tu descendencia y la suya», enseñaron que en esta profecía se anunció abiertamente el misericordioso Redentor del género humano, a saber, el Unigénito Hijo de Dios, Jesucristo, y fue designada su bienaventurada Madre la Virgen María y a la vez fueron manifestadas las enemistades de ambos contra el diablo. Por ello, como Cristo Mediador entre Dios y los hombres, tomada la naturaleza humana, borrando el decreto desfavorable para nosotros, con su triunfo lo clavó en la cruz, así la Santísima Virgen estrechísimamente unida con él, continuando la eterna enemistad entre la serpiente venenosa y triunfando plenamente sobre ella, aplastó la cabeza con su pie immaculado.

Pío IX: *Ineffabilis Deus*

LAS MISIONES POPULARES DE SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

Josep M^a Manresa Lamarca

Vocación confirmada en Loreto y en Roma

Corría el año 1706. Un joven sacerdote rezaba en el interior de la Santa Casa de Loreto. Su rostro, radiante de felicidad, parecía estar gozando de la presencia mística de la Familia de Nazaret. La gente que le veía se admiraba de la santidad del peregrino, ciertamente que vivía y conversaba continuamente con Jesús, María y José, y por ello tardaban en darse cuenta de que su cuerpo fuerte y robusto estaba bastante debilitado, seguramente por las penitencias y las continuas adversidades de la peregrinación que está efectuando a pie hasta Roma. Pero nadie imaginaba que esta vida tan feliz y gozosa era la del mismo sacerdote que desde que se ordenó en 1700 sufría continuamente el acoso de los envidiosos jansenistas y que hacía apenas tres meses su obispo de Poitiers, instigado por aquellos fariseos sombríos y envidiosos, lo había expulsado de su diócesis. El piadoso sacerdote, acostumbrado a ver la voluntad de Dios tanto en las decisiones de sus superiores como en las injustas persecuciones de sus enemigos, abrazaba esta nueva cruz con el mismo amor que las otras, con el mismo silencio humilde resignado. Pero se encontraba perplejo sobre su vocación y no sabía qué hacer. ¿Debía continuar las misiones populares que con tan incontable fruto estaba predicando desde hacía poco más de dos años? ¿O, por el contrario, no le pedía el Buen Dios, por esta señal, que abandonase su tierra y se dirigiera a los pueblos infieles para llevarles el Evangelio, cumpliendo así el sueño de su niñez? Así, en la Casa de su buena Madre rezaba y se encomendaba para seguir dócilmente el camino que Cristo, por boca de su vicario Clemente XI, se dignaría confiarle.

Pocos días más tarde recibiría del Papa la siguiente respuesta: «En Francia tenéis campo bastante para desplegar vuestro celo; no vayáis a otro sitio y trabajad siempre con perfecta sumisión a los obispos, a cuyas diócesis os llamen. Por este medio, bendecirá Dios vuestros trabajos». Y dándole también el título de misionero apostólico consagraba, animaba y bendecía todos sus trabajos misioneros. Y este apóstol, llamado Luis María Grignon de Montfort comprendería en aquella memorable audiencia del 6 de junio de 1706 que era el mismo Pedro quien le mandaba renovar con celo ardiente la devoción y amor del pueblo francés a Jesús y a María, que con maliciosas

e hipócritas doctrinas estaba enfriando la pérfida secta jansenista. A partir de entonces, desvanecida la duda, confirmada su misión y enardecido el corazón en el amor del Divino Maestro, lanzóse el joven sacerdote a la más excelsa de las vocaciones: recorrer los pueblos y villas conquistando almas para Cristo y su Madre. No pararía hasta el día de su muerte, el 28 de abril de 1716, habiendo realizado durante este breve tiempo más de 200 misiones populares por toda Francia.

Organización de las misiones populares

Para poder hacernos una idea de la incansable labor del padre Montfort por los pueblos de La Vendée y Bretaña francesas, será preciso que nos detengamos a considerar cómo realizaba él las misiones populares. Diversos aspectos de las mismas nos lo mostrarán.

El fin era muy claro. Como san Pablo, podía decir: «Quiero poner al servicio de vuestras almas todas mis energías y hacer lo imposible por salvarlas». Así expresa un biógrafo del santo, De Clorivière: «Atacar francamente al mundo, declarar guerra implacable al vicio, cubrirlo de vergüenza y de infamia, arrancar a Satanás sus desgraciadas víctimas, desvanecer las ilusiones funestas por cuyo medio tiene bajo su poder la mayoría de los hombres, enseñar a los ignorantes sus deberes y hacérselos amar, excitar a los perfectos, conducirlos al heroísmo de las virtudes cristianas, hacer que en todas partes vuelva a florecer la piedad, en el santuario, en el claustro y entre las personas del siglo; he ahí lo que consideró como objeto de una misión verdadera, he ahí lo que emprendió sin temer nada de lo que tendría que padecer por parte del mundo y de las potencias del infierno».

Para este fin se valía de los más variados medios. Sus famosos cánticos eran largas series de versos sencillos que él mismo componía a partir de la doctrina cristiana, y que cantaba y enseñaba al pueblo fiel, para que así pudiesen todos los pueblos recordar las principales verdades de la fe. El santo «se afanaba más por hacerlos devotos, que bellos y pulidos». Por ello entraban fácilmente en las sencillas cabezas de aquellos hombres rudos y, por este medio aprendían sin gran esfuerzo las verdades sobre Dios, su providencia, los misterios de la vida de Nuestro Señor, la devoción a su Sagrado Cora-

zón, la augusta Virgen María, los ángeles, los santos, la Iglesia, el cristiano, la gracia, los sacramentos, las virtudes, la cruz, la oración, el pecado, el mundo, el demonio, el fin último, la salvación, la muerte, el juicio, el purgatorio, el infierno, el cielo. Llegó a escribir más de veinte mil versos y todavía, ochenta años después, eran cantados por los campesinos del ejército vendeano. Sin duda que debió a estos cánticos gran parte de sus triunfos misioneros.

Aun así, su arma por excelencia era la predicación. Siempre la preparaba, mediante la oración, el estudio profundo de las verdades eternas y la redacción de esquemas de sermones —que todavía se conservan—, que luego daba vida con su oratoria rica (nunca vana), sencilla y conmovedora.

También usaba mucho de la mortificación y disciplina del propio cuerpo, con el fin de «mover a misericordia al Buen Dios por los pecadores». Si se le objetaba el excesivo rigor, contestaba sonriendo que «nunca canta el gallo mejor que cuando se golpea los flancos con las alas». Y la eficacia de las misiones se duplicaba, sobre todo, por el ejemplo de su vida.

Las misiones solían empezar con el recibimiento por parte del pueblo del padre predicador, que hasta entonces era custodiado por los habitantes del pueblo anterior, más o menos a mitad de recorrido entre una villa y otra. Al llegar a la iglesia del nuevo pueblo era presentado en el mismo por el párroco. Así se ponía a los feligreses en actitud de «acogida de la misión». Los primeros días estaban orientados a mover el corazón del oyente, mediante las predicaciones —a hombres, mujeres y niños separadamente— y otros actos de piedad, en orden a su conversión y a la confesión de sus pecados, por la que reparaba los desórdenes de su vida. Aquí el santo acogía con misericordia verdaderamente paternal al hijo pródigo: «Preferiría —decía— padecer en el purgatorio por haber tenido demasiada dulzura con mis penitentes, que por haberlos tratado con severidad desesperante». Aun así, semejante dulzura no excluía la firmeza.

Posteriormente, mediante una serie de actos muy variados y significativos, se conseguiría, con la ayuda de Dios, que el neoconverso se reafirmase en esta su nueva vida y sintiese la alegría de la amistad con Dios. Para ello el padre Montfort organizaba unas procesiones (siete en cada misión): las tres primeras, los días de comunión general para hombres, mujeres y niños; la cuarta, al cementerio, el día del oficio de difuntos; la quinta, el día de la renovación de las promesas pronunciadas en el bautismo; la sexta, el día de la plantación de la cruz, y la séptima, el día de la distribución de las cruces de la misión y de los nombres de Jesús.

La procesión que se efectuaba el día de la renovación de las promesas del bautismo era de gran solemnidad.



Talla de madera en la parte superior del bastón que san Luis María Grignon de Montfort acostumbraba a llevar en sus constantes viajes de misionero apostólico.

En ella tomaban parte todos cuantos habían asistido a la misión, entonando cánticos y llevando en la mano un rosario, una cruz y un «contrato de alianzas». Este contrato era una fórmula de las promesas del bautismo que cada uno escribía y firmaba. Lo más peculiar de esta procesión eran las cuatro promesas solemnes que cada uno hacía durante la misma: la primera, frente al santo Evangelio; postrado el fiel de hinojos, lo besaba y pronunciaba estas palabras del contrato de alianza: «Creo firmemente todas las verdades del santo Evangelio de

Jesucristo»; la segunda, al besar la pila bautismal: «Renuevo de todo corazón las promesas de mi bautismo, y renuncio por siempre al demonio y a mí mismo», la tercera, ante la imagen de la Santísima Virgen: «Me entrego del todo a Jesucristo por meditación de María, para llevar la cruz todos los días de mi vida»; y la cuarta, cuando cantaban solemnemente todos el Credo, antes de ser despedidos por las consoladoras palabras del santo misionero.

La misión terminaba con la conmovedora procesión de clausura, en la cual se llevaba triunfalmente la gran cruz de madera que se plantaba en recuerdo de la misión en el lugar más visible de la comarca. Estas procesiones triunfales de la cruz de misión coronaban admirablemente los santos ejercicios y dejaban en el fondo de las almas la impresiones más duraderas. A menudo, cuando había predicado varias misiones en diversos pueblos de una misma comarca, el santo «plantador de cruces» proyectaba el levantamiento de un monumental calvario que sirviese de centro de peregrinaciones para los feligreses de la comarca. Gran fruto estaban destinados a dar estos calvarios (Pontchâteau...), a juzgar por los impedimentos y obstáculos que recibió de sus «infatigables» enemigos jansenistas. Aún hoy uno se admira de la cantidad de pequeños calvarios (Crucificado, con María y Juan a los pies) que se ven en las encrucijadas de los caminos de la región de La Vendée.

Los frutos de las misiones: la piedad y la caridad

Para asegurar el fruto de las misiones, normalmente recurría el santo a la creación de algún establecimiento de piedad o caridad, que sirviese para sostener continuamente a las almas en la fe y el celo por todo cuanto a las cosas de Dios se refiere. A menudo se servía de la llamada Casa de la Providencia, en la que vivía él mismo mien-

tras duraban las misiones, y en donde compartía con los pobres el alimento que le ofrecían los habitantes del pueblo. También gustaba mucho de establecer escuelas cristianas, formar a los amigos de la cruz, de la adoración del Santísimo Sacramento. Y, sobre todo, implantaba en todas parte la devoción del Santo Rosario. Ningún medio le dio mejor resultado para mantener la piedad y establecer el reino de Dios en los corazones. Como en otro tiempo san Bernardo frente a los albigenses, Montfort se sirvió del arma prodigiosa del Rosario rezado diariamente con devoción —sobre ello predicaba constantemente— para aplastar el influjo de la infame herejía jansenista y ver arraigar en aquellos campesinos la fe y las virtudes cristianas. Si lo consiguió o no nos lo responderán aquella legión de héroes y mártires que, saliendo de sus pobres cabañas de la Vendée (en donde, —no lo olvidemos— al lado del crucifijo y de la modesta estatua de María, se veía pegada a la pared la imagen del santo misionero), marcharon, con el rosario en la mano y el Sagrado Corazón en el pecho, a defender el altar y el hogar frente al sectarismo revolucionario.

Esta fue, en definitiva, la más fecunda etapa de la vida de san Luis María Grignon de Montfort. Su vocación de misionero popular, puesta desde el principio a los pies de Nuestra Señora de Loreto y confirmada por la misión apostólica que le encomendó el Santo Padre, fue la obsesión de toda su vida. Y, con ánimo generoso y alegre, fue realizándola día a día, mes a mes, misión tras misión, por los caminos y pueblos del oeste de Francia, sin desfallecer ni permitirse siquiera el «necesario» descanso. Nosotros, los jóvenes de Europa, recibimos el pasado verano, a los pies de la Virgen de Loreto, un encargo del Papa: «convertir Europa en la Casa Madre». Pidámosle a San Luis María que nos enseñe a cumplirlo, como él tan bien lo hizo. Quizá, para esta «Nuestra Evangelización», un medio fructífero sería volver a las misiones populares...

Carta de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide sobre el Apostolado de la Oración

(14 de junio de 1877)

Mientras la impiedad actual, engañando a los pueblos con la máscara del liberalismo, tiende únicamente a destruir el reino de Cristo en la tierra, la piadosa alianza del Apostolado de la Oración, reuniendo a los fieles de toda clase bajo la bandera del Corazón (de Jesús), con el fin de favorecer la causa de la Iglesia, propone a sus oraciones y esfuerzos principalmente este objetivo: que el reino de Cristo venga cuanto antes a la tierra, como sucede en el cielo.

San Luis María Grignion de Montfort y los jansenistas

(De la introducción al Tratado de la verdadera devoción, de **Nazarío Pérez, S.I.**, en Obras de San Luis María Grignion de Montfort, Madrid, BAC, 1954, pp. 422-424.)

Irritaban sobremanera a los jansenistas las congregaciones y prácticas piadosas en honor de la Santísima Virgen, que llamaban ellos «astucias del demonio, que, so pretexto de devoción fácil y exterior, hacen dormir a los pecadores en una falsa confianza para que descuiden la mortificación y penitencia». Irritábalos el adorno de los temblor marianos, por razones de economía aprendidas en la escuela de Judas Iscariote; irritábanlos la variedad de imágenes y advocaciones de Nuestra Señora y las peregrinaciones a sus santuarios, creyendo encontrar en todo esto cierto género de idolatría; irritábalos principalmente la Santa Esclavitud, predicada ya antes del Beato Montfort en forma más o menos semejante a la suya por otros autores de aquel tiempo. El solo título de esclava de María, que se da a sí misma la V. Agreda, fue una de las cosas que rabiosamente impugnaron en la Mística ciudad de Dios.

Tales eran los hombres con quienes tuvo que luchar toda su vida este paladín de Nuestra Señora; tales las ideas que dominaban en Francia y se iban extendiendo por otras naciones cuando escribió el *Tratado de la verdadera devoción*.

Para combatir tales errores, profesados por muchas personas que de mala o buena fe estaban aún en el cuerpo de la Iglesia y aun tenían en ella grande autoridad, necesitaba el Beato Montfort apoyarse firmemente en la doctrina teológica tradicional, respetar la verdad que podía haber en algunas afirmaciones mal intencionadas, pero en algún sentido verdaderas, y desenmascarar y combatir enérgicamente los sofismas de los sectarios. De aquí la insistencia, que hoy (entre nosotros a lo menos) no parecerá necesaria, con que el Santo inculca que la Virgen Santísima es camino para ir a Dios, que se debe acudir siempre a Jesús por María, y ser esclavo de Jesús en María, y vivir por María, con María, en María y para María, para llegar a vivir por Jesús, con Jesús en Jesús y para Jesús. De aquí el cuidado con que distingue los caracteres de la falsa y la verdadera devoción. De aquí sus ideas, que ahora nos parecen un poco rígidas, acerca de la devoción a Nuestra Señora, que es señal de predestinación; que, por lo demás, eran comunes en los buenos autores de su tiempo. Era preciso que en pos de él se levantara el otro gran apóstol de María, San Alfonso María de Ligorio, para restablecer en todo su esplendor en este punto la doctrina tradicional. Para los tiempos del Santo no era poco escribir lo que escribió, y

aun esto no pudo publicarlo; no era poco predicar lo que predicó, y aun esto no pudo ser sin que lo expulsasen de varias diócesis y le quitaran varias veces las licencias.

Fructuosísimo fue, sin embargo, el apostolado de Montfort, y providencial, sin duda, para combatir aquella hipócrita herejía. Era, a la verdad, el hombre nacido para este combate. Se le ha censurado porque en su manera de vivir y de obrar no era hombre de su siglo. Y es verdad, y precisamente eso, lejos de ser mancilla, es su gloria. Era, sí, un santo medieval, de talla gigantesca, que no cabía en los estrechos moldes de aquel siglo tan pequeño. Su carácter siempre recto e intransigente, su piedad franca y jugosa, su humildad profunda y su total desprecio del mundo no podían avenirse con la hipocresía farisaica de los jansenistas, con la devoción contrahecha, seca y escrupulosa que ellos inspiraban; con el cristianismo superficial de los cortesanos, con el libertinaje e incredulidad de los filósofos. El pueblo fiel le seguía como a taumaturgo y profeta, pero los fariseos y saduceos le perseguían de muerte. Su situación era muy semejante a la de su Divino Maestro. Y, como la empresa de Jesucristo, la empresa de su discípulo pareció en todas sus partes fracasada a los ojos del mundo: sólo muchos años después de su muerte pudo apreciarse su victoria. Si su pluma no logró por entonces los admirables frutos que obtuvo su palabra ya que no pudieron publicarse sus escritos, los ha logrado después, cuando no era menos necesario. Los errores de los jansenistas sobre la devoción a la Santísima Virgen eran, al fin, los mismos de los protestantes, aunque más arteramente formulados y por eso más temibles. Así que *La verdadera devoción* ha hecho después grande fruto en los países inficionados del protestantismo. Muchos de estos antiguos errores reverdecen ahora en los escritos modernistas. Y es también, por tanto, el admirable libro, antídoto providencial para nuestros tiempos.

Pero no es ésta, ni mucho menos, la principal razón de su mérito e importancia. El *Tratado* no se endereza sólo a destruir, sino también a edificar. No se pone de propósito nuestro escritor a refutar los errores jansenistas, como lo hicieron otros de su tiempo. Procede más bien afirmando las verdades que ellos niegan, y eso sin aparato doctrinal y erudito, sino como excelente misionero que instruye sólida y fervorosamente al pueblo sencillo, inculcándole la doctrina tradicional que tiene embebida en el alma. No es la polémica, sino la ascética lo principal de este *Tratado*.

SAN LUIS MARÍA Y LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

David Baranguán

Remóntandonos a la Francia de principios del siglo XVIII, encontramos a un «pequeño» apóstol de los Corazones de Jesús y María, cuyo espíritu misionero se centraba única y exclusivamente en la salvación de las almas por la conversión de los pecadores, el cuidado de los pobres y como ahora demostraremos, por la «educación de los niños».

Durante todas sus misiones, arrastrado por la amorosa confianza, que siempre mantuvo, en el cuidado providente de Nuestro Señor, se ocupaba con gran predilección de los niños. «En cualquier parte que predicase —dice Clivière— uno de sus principales cuidados era proveer de buenos maestros y maestras de escuela las parroquias, diciendo que allí era donde los niños, cual tiernos arbustos, podados y cultivados esmeradamente, se volvían luego propios para dar frutos».

Fue en La Rochela donde comenzó a realizar esta perspicaz idea, estableciendo las llamadas *escuelas de la caridad*. Las primeras que se abrieron fueron las escuelas de niños. San Luis María destinó a ellas tres maestros, a cuyo frente puso un sacerdote, que debía velar por su conducta, decir misa a los niños y confesarlos a lo menos una vez al mes. El prudente misionero entró en los menores detalles de organización, como si toda la vida se hubiera dedicado a educar niños. Quiso que la cátedra del maestro se colocase al fondo; que frente a ella hubiera un banco más elevado que los demás, al cual llamó *banco de los serafines* donde tomarían asiento los niños que hubieran recibido la primera comunión o que estuviesen más adelantados que los otros. A cada lado tenía que haber otros cuatro bancos, a los que dio el nombre de *coros angélicos*, en los cuales habían de colocarse los niños, cada uno en su categoría, según su edad y

su capacidad. Los bancos estaban dispuestos en anfiteatro, de manera que el maestro pudiera ver de una vez toda su pequeña tropa y supiera cuanto pasaba en ella.

Los maestros desarrollaban una especie de enseñanza mutua: «todos los niños de un mismo banco tenían el mismo libro y decían la misma lección, todos a la vez. El primero estaba obligado a corregir al segundo; el segundo al tercero y así sucesivamente». Por este método, a menudo, un maestro que tenía ciento cincuenta alumnos, estaba tan descansado como si sólo tuviera una docena. El maestro los conducía a misa entonando cánticos... Todos juntos, rezaban cinco misterios del rosario, diariamente, después de clase, en honor de la Santísima Virgen.

Hay que destacar que las escuelas eran totalmente gratuitas y abiertas a todos los niños.

La bendición que el Señor solía derramar por todas las obras del santo apareció muy claramente en ésta. A toda la ciudad de La Rochela sorprendió la pronta transformación que por este medio se operó en el pueblo. Los niños ocupados y retenidos constantemente, tornáronse ejemplo de aquellos de quienes antes eran azote. No sorprende pensar que muchos de los nietos y biznietos de aquellos niños se levantasen en la Revolución francesa con rosario en mano y detente sobre el pecho luchando por mantener en el centro de la sociedad a Dios. A la cabeza de este movimiento está este fiel apóstol de Cristo, que abandonado a la voluntad de Dios y en lucha con el demonio de la mano de María, y ansioso de la venida del Reino de Cristo, instituyó tales escuelas, previendo los funestos estragos que habían de causar hasta nuestro días el surgimiento de escuelas sin Dios por ello sin moral.

Gracias a san Luis Grignon de Montfort, comprendí que *la verdadera devoción a la Madre de Dios es... cristocéntrica, más aún, que está profundamente radicada en el Misterio trinitario de Dios, y en los misterios de la Encarnación y la Redención.*

Juan Pablo II

Qué es y qué hace la SOCIEDAD INTERNACIONAL GRIGNION DE MONTFORT

Pedro Sols Lúcia

Una experiencia singular

¿Habéis vivido alguna vez —ojalá sean muchas, y ojalá sea siempre— la hermosa experiencia de estar haciendo algo y poder pensar: «Esto que estoy haciendo es *lo más grande* que se puede hacer»?

En la Sociedad Internacional Grignion de Montfort esta sensación la tenemos siempre que trabajamos en las cosas de la Sociedad. Porque sabemos que no hay nada más grande que ayudar a extender el Reino de Dios. Y tenemos la firme convicción de que éste ha de llegar, en el mundo y en cada uno de nosotros, por el Reino de María.

La Sociedad está constituida por un grupo de entusiastas que trabajan por promover la doctrina mariológica de san Luis María Grignion de Montfort, el gran clásico de la espiritualidad mariana. El mismo Santo reconoce que esta doctrina le ha sido inspirada por el Espíritu Santo, como ocurre con todo lo que de verdad es bueno. Y nos anima ver que Juan Pablo II, el hombre que Dios ha querido que rija en nuestro tiempo los destinos de la Iglesia, ha recomendado la doctrina y espiritualidad de Montfort repetidas veces, especialmente en su encíclica *Redemptoris Mater*; como también nos anima saber que él vive personalmente esta espiritualidad.

Los comienzos

La Sociedad se fundó, con el nombre inicial de Sociedad Grignion de Montfort, por iniciativa de un grupo de Esclavitud Mariana que venía funcionando anteriormente; es decir, unas personas que habían decidido poner en práctica en sus vidas la consagración total a Jesús por María enseñada por Montfort. El acto fundacional tuvo lugar en Barcelona el 17 de enero de 1980, en la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, de la Compañía de Jesús. El padre José María Solé, cordimariano, y el padre Pedro Suñer, de la Compañía de Jesús, concelebraron la Santa Misa, que fue seguida de una reunión fundacional de las ochenta personas asistentes.

El primer director de la Sociedad, y activo impulsor

de la misma, fue el padre Francisco de Paula Solá, también jesuita. La sede social fue, y sigue siendo, los locales que amablemente pusieron a nuestra disposición los padres de la Compañía de Jesús en su residencia de la calle Palau, 3. La Sociedad comenzó su andadura, y unos años después obtenía ya el reconocimiento oficial de la Iglesia: el 4 de diciembre de 1984 los estatutos de la Sociedad recibieron la aprobación canónica de la Archidiócesis de Barcelona.

Editamos las obras de Montfort

Lo primero, claro está, era dar a conocer la doctrina de Montfort. Porque si los fieles cristianos, tanto los laicos como los sacerdotes, religiosos y religiosas, no la conocían, o la conocían mal, ¿cómo podrían llegar a vivirla, que era nuestro objetivo final? Por eso desde el principio la realización prioritaria de la Sociedad fue y sigue siendo la edición de las obras del Santo, y su distribución a personas deseosas de beber en las frescas aguas de su doctrina. Y así se editaron en primer lugar *El secreto de María* (del que se ha hecho también una edición catalana) y el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, que son las dos obras básicas de Montfort: la primera, más breve y ágil, contiene lo esencial de su espiritualidad; la segunda, cronológicamente anterior y más elaborada, fundamenta sólidamente su doctrina y propone la forma concreta de llegar a vivirla.

Siguió luego la publicación de *El secreto admirable del Santísimo Rosario*, en que Montfort refleja su pensamiento sobre esta venerable práctica mariana, y *El amor de la Sabiduría eterna*, que testimonia el carácter resueltamente cristocéntrico de su espiritualidad. Más tarde, se editó el *Examen de conciencia del esclavo de amor de Jesús en María*, del padre Hupperts, montfortiano, y se tradujo al español, con el título de *Consagración total*, un librito editado por los Padres Montfortianos de Nueva York para ayudar a prepararse eficazmente a la plena consagración a Jesús por María. A estos padres se les han enviado, para los católicos hispanos, cantidades importantes de todos estos libros.

Tenemos en prensa la *Carta circular a los Amigos de la Cruz*, del Santo de Montfort. Por otra parte, hemos publicado ya la tercera edición de nuestro *Manual de los grupos de Esclavitud Mariana de amor (GEM)*, de oración y estudio.

En fin, muy recientemente, el pasado mes de marzo de 1996, la Sociedad ha publicado 3000 ejemplares de la primera edición hecha en España del libro *San Luis María de Montfort. Biografía*, de Jesús Fernández Soto, presbítero e historiador, edición que se ha realizado contando con la autorización de los Padres Montfortianos del Perú, que la habían editado anteriormente.

En colaboración con los Montfortianos

La Sociedad ha buscado, desde sus comienzos, el contacto y la colaboración con los Padres Montfortianos, que son la Orden fundada por el propio Santo con el nombre de Compañía de María, y que hoy es conocida con el de Sociedad Mariana Montfortiana. En efecto, ¿cómo sería posible, con los objetivos que nos habíamos propuesto, no colaborar con quienes desde hacía tantos años estaban trabajando en la misma dirección? Creemos que hemos de hacer Iglesia, y no capillitas. Por eso hemos visitado por tres veces la curia romana de la Orden, y asistido a dos convenciones montfortianas, una en Roma y otra en Loreto. Y nos alegra decir que la acogida que nos han dispensado los Padres Montfortianos ha sido siempre extraordinariamente fraterna y cordial, con evidentes deseos, por parte de ellos, de colaborar igualmente con nosotros.

¿De dónde sale el dinero para nuestras actividades?

Todos los libros que editamos se distribuyen gratis selectivamente, es decir, asegurándonos de que llegan a personas que de un modo u otro van a poder aprovechar efectivamente su lectura. No obstante, se admiten los donativos que cualquier lector desee hacer, o bien, cuando parece aconsejable hacerlo así, se venden los libros en determinadas librerías a precio de coste. La Sociedad no tiene ninguna actividad comercial, y se sostiene por su Patronato de Bienhechores, constituido por personas que, habiendo comprendido el valor de esta doctrina para la extensión del Reino de Dios, aportan ayudas periódicas o, a veces, puntuales: no importa si son grandes o pequeñas, ya que lo que cuenta sobre todo es la disposición generosa del corazón de quien las hace. Gracias a ellas se han distribuido desde 1980 cerca de 200.000 ejemplares de nuestros libros, en España, Hispanoamérica, las Islas Filipinas y los Estados Unidos.

La Sociedad se internacionaliza

A medida que se iban desarrollando estas y otras actividades de nuestra Sociedad, y ésta tomaba cuerpo y consistencia, se iba fortaleciendo también nuestra convicción de estar en el buen camino. La reflexión sobre ello condujo a dar un importante paso adelante: la internacionalización de la Sociedad. En realidad, ya era internacional, puesto que se había extendido muy pronto fuera de Barcelona y de España, para implantarse en varios países de Hispanoamérica y en Filipinas; pero era preciso que nos abriéramos más, también fuera del mundo hispano, porque la universalidad del mensaje de Montfort así lo exigía. Y nos pareció importante que esa nueva orientación se reflejara simbólicamente situando el centro espiritual de la Sociedad en un santuario mariano de proyección internacional, aunque la organización y las actividades siguieran centralizadas en Barcelona.

Con este fin, en junio de 1988 una comisión de la SGM visitó el santuario de Mariazell, en Austria, para implorar la bendición de la Virgen Santísima, especialmente en orden a la expansión mundial del apostolado mariano. En una reunión y oración presidida por el Superior de la Basílica, el benedictino padre Veremund Hochreiter, se fundaba la Sociedad Internacional Grignion de Montfort. Ésta sería a partir de aquel momento la nueva denominación real de la Sociedad, aunque el nombre oficial haya seguido siendo el antiguo.

Desde entonces la Sociedad comenzó su actividad internacional. Actualmente está establecida en México, con el entusiasta apoyo del señor arzobispo de Acapulco, monseñor Rafael Bello Ruiz. En este país, al que se han enviado muchos libros, el padre Francisco Tiscareño, de la Congregación de los Sagrados Corazones, tiene cinco grupos de Esclavitud Mariana (GEMs). También está en Filipinas, adonde se dirigió el secretario de nuestra Sociedad, Ricardo María de Moreta, el cual, con la ayuda de los Padres Montfortianos, dejó fundada en Manila la SIGM y varios GEMs funcionando. Buena parte del *Manual* ha sido traducida al tagalo y al inglés. En Argentina, donde tenemos numerosos contactos, funcionan nueve GEMs que se deben principalmente a la actividad de la religiosa hermana María Elvira Cáceres, y mantenemos relación con los Padres Montfortianos residentes en ese país, al que se han enviado también muchos libros. Igualmente existen contactos con otros muchos países hispanoamericanos, a los cuales se han hecho numerosos envíos.

Bendición del Papa

En la audiencia de julio de 1990, la Sociedad Internacional Grignion de Montfort recibió la bendición perso-

nal especial de Juan Pablo II, en la visita efectuada por el padre Suñer, de la Compañía de Jesús, y el P. Rum, montfortiano, junto con una representación de la Junta Directiva de la Sociedad. Aunque siempre hemos sabido que nuestra empresa contaba con la bendición y las oraciones del Santo Padre, fue aquél un gesto de aliento y una invitación a la esperanza que nuestra Sociedad necesitaba y que agradeció de corazón.

La Fundación Montfort Internacional

Hay otra cosa importante. Una empresa que se propone los fines que nos proponemos va a requerir un considerable aparato económico. Ahora bien, para asegurar éste nos ha parecido que era conveniente adoptar la forma jurídica de una fundación. Por eso tenemos en constitución la Fundación Montfort Internacional (FMI), cuya finalidad es recoger fondos de bienhechores de todo el mundo, para sostener tanto la expansión internacional de la misma Sociedad como la edición y distribución de las obras de Montfort fuera de España, y su traducción y distribución en muchas otras lenguas vernáculas.

De hecho, la SIGM ya se ha iniciado en esta actividad con las traducciones y ediciones griegas, en Atenas, de *El Secreto de María* y del *Tratado de la Verdadera Devoción*, a lo cual ha seguido la distribución de estas obras a los sacerdotes, religiosos y religiosas de Grecia, todo lo cual ha sido hecho a cargo de la SIGM. Las Religiosas Dominicanas de Santorini (Grecia) facilitaron el contacto con el señor exarca, monseñor Anárguiros Príntesi, el cual recomendó la traducción y edición.

Mientras la FMI va suscitando fundadores de capital, los donativos que se reciben se capitalizan para destinar las rentas a financiar el apostolado. En su momento, la FMI tratará de establecer la debida vinculación con los Padres Montfortianos. Esta Fundación se irá estableciendo, Dios mediante, en los países que las circunstancias aconsejen, aprovechando la experiencia de otras partes. Se mantienen contactos a este efecto en los Estados Unidos, México y Argentina. Recientemente, se ha avanzado ya en los estatutos de la Fundación Internacional y se está preparando su registro inmediato.

Ahora bien, como esta Fundación tiene una finalidad eminentemente espiritual, no cuenta sólo con un patrimonio económico, sino también con un patrimonio espiritual. Éste viene constituido por las oraciones y sacrificios que muchas personas, entre ellas muchas comunidades de religiosos y religiosas contemplativos, se han comprometido a realizar para obtener del Señor, por medio de María, las gracias espirituales necesarias para llevar adelante esta obra. Esas gracias son a la vez el

motor y el fin de todo cuanto hacemos, y sin ellas la Sociedad y la Fundación, no sólo no serían posibles, sino que carecerían por completo de sentido.

Documentación para la doctrina y el apostolado

En el seno de la Sociedad se han ido elaborando una serie de documentos espirituales —disponemos ya de unos quince—, para facilitar la promoción de la doctrina de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen y para el mismo proceso de internacionalización del Mensaje de Montfort. Pensando en la Fundación Montfort se han preparado algunos de estos textos también en inglés y en alemán. Entre estos documentos cabe destacar el denso escrito sobre *Trascendencia Excepcional de la Finalidad de la Fundación Montfort Internacional*, de 27 páginas, para el régimen interior de la SIGM y la FMI, que tiene el interés de poner de relieve la profunda afinidad existente entre el mensaje de Fátima y el de Montfort, ya que Montfort constituye una respuesta a la llamada de Fátima.

Actos eucarísticos marianos

Entre las actividades concretas de carácter local que se realizan en Barcelona, habría que señalar la importancia del Acto Eucarístico Mariano de los segundos miércoles de cada mes, que viene celebrándose en la Capilla de la SIGM, y que comprende la Exposición del Santísimo Sacramento, Santo Rosario, Reserva, Eucaristía, conferencia y coloquio. Actualmente se estudia el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, de Montfort, con la ayuda del actual director de la SIGM, padre Pedro Suñer, S.I.

Circular mensual

De proyección mucho más amplia es la Circular que aparece cada mes, pequeña en lo material (se reduce a una sola hoja por las dos caras) pero con mucho contenido. Se envía a todos los socios y simpatizantes de la Sociedad, así como a personas susceptibles de llegar a interesarse por ella. Sirve así de lazo de unión entre todos, da noticias de interés en relación con el apostolado mariano, avisa sobre los actos locales de Barcelona y sobre cualesquiera actividades de la Sociedad, y, sobre todo, proporciona jugosa doctrina mariana y montfortiana. Actualmente se envían, en castellano, catalán e inglés, más de dos mil circulares a muy diversos lugares del mundo.

Grupos de Esclavitud Mariana

En fin, una actividad básica, que se viene realizando desde la fundación de la Sociedad, es la constitución de Grupos de Esclavitud Mariana de amor (GEM), de oración y estudio, cuya finalidad es vivir, y ayudar a vivir a los demás miembros del grupo, la Consagración Total a Jesucristo por María. La importancia de estos grupos es enorme, y la misma Sociedad nació a partir de uno de ellos. Son grupos precursores del reino de Cristo por María, y por tanto realidades que, pese a su pequeñez, podemos ver a la luz de la fe como absolutamente trascendentes para la Iglesia y para el mundo. Con la ayuda de un sacerdote, y del *Manual* doctrinal y práctico confeccionado por estos grupos, se facilita mucho la constitución y desarrollo de los mismos, que de por sí presentan la dificultad humana de la renuncia y entrega total.

Por iniciativa del padre Director, actualmente hemos comenzado a organizar la formación de estos gru-

pos desde la Dirección de la Sociedad, en lugar de limitarnos a la expectativa de que surjan espontáneamente. Los resultados han sido eficaces cuando ha existido la acción de un sacerdote que se ha decidido a impulsar la formación del grupo, aunque para su posterior funcionamiento no resulta siempre indispensable su presencia. Recientemente se han elaborado dos documentos especialmente dedicados a promover los GEMs.

La Dirección de la Sociedad ha tratado de identificar todos los GEMs existentes, lo que no ha resultado fácil. Los identificados hasta ahora son los siguientes: Alcanadre (Rioja) 1, Algeciras 1, Barcelona 4, Bilbao 1, Cartagena 1, Castellón 1, Ciudad Real 1, Granada 1, Madrid 4, Murcia 1, Palma de Mallorca 1, Pamplona 1, Santander 1, Valencia 2; Argentina 9, Costa Rica 1, Colombia 1, Filipinas 4, México 8 y Puerto Rico 1. Ver que estos grupos ya son una realidad nos llena de aliento y de esperanza, al tiempo que nos recuerda lo mucho que aún queda por hacer. Que el Señor y su Santa Madre nos ayuden en la empresa.

LA ATRACCIÓN DE LA MAGIA

Durante su peregrinación a Eslovaquia el pasado mes de mayo el papa Juan Pablo II alertó sobre la tentación de buscar en lo oculto, en los astros y en la magia los signos del propio destino. Aunque este problema parece especialmente preocupante en aquel país, el fenómeno es universal y afecta también al mundo hispanoamericano.

Amadísimos hermanos y hermanas, el hombre está llamado a la santidad, a ser artífice de una humanidad renovada por la gloria divina. Y el creyente, mediante el bautismo, es constituido testigo de la esperanza sobrenatural que sostiene la peregrinación del hombre en la tierra, con frecuencia marcada por pruebas y sufrimientos. En el concilio Vaticano II la Iglesia ha reafirmado que «todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor» (*Lumen gentium*, 40). Con su vida santa los cristianos están invitados a convertirse en luz para los demás por los caminos del mundo.

Nuestra época se presenta más como un tiempo de sorprendentes descubrimientos científicos y tecnológicos, que como una época de santos. Pero si el hombre no se realiza espiritualmente a sí mismo mediante la conformación interior con Cristo, todas sus conquistas son, en definitiva, insignificantes y podrían llegar a ser incluso, peligrosas. Precisamente porque hoy se busca la plena realización personal, hay mayor

necesidad de santos. Nuestro tiempo exige personas maduras que, habiendo comprendido el valor de la santidad, traten de encarnarla en la existencia diaria.

Si se mira bien, la sociedad actual manifiesta una profunda necesidad de santos, es decir, de personas que, por su contacto más estrecho con Dios, puedan, de alguna manera, hacer percibir su presencia y mediar en las respuestas. Por desgracia, no faltan jóvenes y adultos que, interpretando mal esta necesidad, se dejan arrastrar por la atracción de lo oculto o buscan en los astros del firmamento los signos de su propio destino. Superstición y magia atraen a muchas personas que buscan respuestas inmediatas y simples a los problemas complejos de la existencia.

Se trata de un riesgo que hay que evitar. Los santos constituyen un punto de referencia accesible y seguro para estas almas en búsqueda, pues saben indicar, con la fuerza del ejemplo que arrastra, el camino que hay que seguir para avanzar en la dirección correcta.

Juan Pablo II

ÁRBOL FRONDOSO

El pasado 8 de mayo tuvo lugar en el salón de conferencias de la Fundación Balmesiana la presentación del libro San Luis María de Montfort. Biografía, de Jesús Fernández Soto, que corrió a cargo del padre Antonio Queralt, S.I. Ofrecemos a continuación un resumen de sus palabras.

Escribir una biografía es como pintar un cuadro. Es también algo más; es dar vida y movimiento al personaje biografiado. Nuestro autor, Jesús Fernández Soto, desde el primer momento ha cogido el pincel y una paleta de variados colores. Predominan tres: el rojo, el negro y el blanco: el primero para describirnos el empuje humano y espiritual de san Luis María; el segundo, para hacernos vivir sus pruebas, incomprendidos aun de algunos obispos y los ataques de sus enemigos; el blanco nos habla de sus virtudes, que van brillando cada vez más, hasta lo heroico.

Por otra parte, un personaje lo podemos comparar a un árbol. Si llama la atención por su corpulencia, reciedumbre, abundancia de ramaje, uno se pregunta: qué clase de árbol es, cuál su semilla, en qué tierra ha crecido, qué cuidados especiales ha recibido. Traslademos estas preguntas a nuestro biografiado. Nace en Francia, en el reinado de Luis XIV, el Rey Sol, esplendor y pobreza por las constantes guerras; en la Bretaña caracterizada por el temperamento de sus habitantes; en el hogar acomodado y sencillo de Juan Bautista Grignon y Juan Robert de la Vizuele. Olivo fecundo: 18 hijos; pero pronto quedarán desgajadas tiernas ramas; en pocos años fallecen cuatro hermanos y cinco hermanas. Luis queda el primogénito. En la confirmación se le añade el nombre de María, todo un símbolo y presagio. Luis María, casi recién nacido, es confiado durante tres años a los cuidados de «mamá» Andrea. Regresa al hogar paterno y estudia siete años en el colegio de los jesuitas de Rennes, muy numeroso en alumnos y famoso por su enseñanza en letras y piedad. El árbol muestra ya reciedumbre, aplicación, talento, devoción a la Virgen, dedicación a los pobres. Es congregante mariano desde el primer año. Despunta una nueva rama: desea ser sacerdote y para ello debe vencer la oposición de su padre. Resultan interesantes las peripecias que impiden que entre en un primer momento en San Sulpicio, y la intensidad y progresos en sus estudios hasta que recibe la tonsura a la edad de 21 años, en las Témperas del 1694. El árbol tiene diversidad de ramas; Luis María es poeta y también hábil escultor. Pero la rama más pujante y poderosa es otra: es apóstol, ahora ya entre sus compañeros. Organiza una asociación: Siervos de Jesús en María. El 5 de junio de 1700 recibe la ordenación sacerdotal.

Nuevo brote de generosidad: desea ser misionero en tierras lejanas, pero no lo logra. Nuestro santo es un incansable misionero popular. Lo podemos comparar a un bergantín que surca mares procelosos, afronta tempestades, cambia constantemente de rumbo y a su paso deja una estela

blanca de fe, amor a la Virgen y generosidad con los pobres. En el libro se pueden leer numerosas anécdotas y hechos interesantes. Aludo a cinco: el primero, Fontevault. Allí está su hermana religiosa. Pide limosna por amor de Dios y le cierran la puerta; segundo: entre los suyos, en Montfort. Su padre le invita a ir a su casa. No acepta. Su padre insiste, por lo menos que vaya una vez a comer. Ahora sí, accede. Y pide que se prepare un banquete para sus amigos. En la casa de los Grignon entran cojos, lisiados, ciegos. Los suyos sirven la opípara comida. Su caridad es contagiosa; tercero: Pontchâteau. Aquí sus misiones obtienen un éxito extraordinario. Luis María desea concretarlo, hacerlo perdurar. Se construye un monumento, un calvario gigante con las tres cruces, realizado con el sacrificio y aportación de todos los habitantes. Pero el cielo está cubierto y estalla la tempestad: poco antes de la inauguración y bendición sucede lo inesperado; el obispo le niega el permiso de bendecirlo. Todas las súplicas resultan inútiles. Luis María obedece. Pero, no todo acaba aquí. Pocos días después, el gobernador ordena la demolición del monumento. Al recibir la noticia, Luis María cae de rodillas y exclama: ¡Bendito sea Dios!. El monumento se reedificará un siglo más tarde. La semilla ha tardado en germinar, pero da su fruto; cuarto: en La Rochela predica una fervorosa misión a los soldados, que termina, cosa muy significativa, con una procesión en la que todos, empezando por el oficial que lleva la cruz, hacen el largo recorrido descalzos. Nunca se había visto algo semejante; quinto, en la isla de Yeu. Ha de embarcarse. El mar está infestado de piratas ingleses. Luis María tiene plena confianza en la protección de la Virgen. Todos tiemblan porque ya se ven en manos de los corsarios. Les hace rezar el rosario. El viento cambia repentinamente de dirección. Se salvan. La misión es extraordinariamente fervorosa y provechosa.

Luis María es como un imán. Corazones generosos, ellas y ellos, se adhieren a su idea de propagar la devoción de la Virgen María y servir a los más pobres. Interesantes resultan las dificultades y pruebas que somete a sus seguidores. San Luis María es también escritor; sus escritos han obtenido gran difusión.

Nuestro santo fallece el 26 de abril de 1716. Devoción de los fieles, fama de santidad, muerte santa. El árbol gigante continúa dando frutos y proyectando su sombra, el bergantín deja su estela blanca también en nuestros días, el imán asocia corazones generosos que prolongan su obra y propagan su devoción a María. En el cielo de la Iglesia brilla una nueva estrella.

Las canciones del Santo de Montfort y el alzamiento en armas del pueblo de La Vendée en defensa de la fe

José-Javier Echave Sustaeta

En el oeste de Francia, en una zona delimitada por el tramo final del Loira al norte, por el mar Atlántico a poniente, por Luçon al sur y por Poitiers al este, se alzó en armas el pueblo campesino en marzo de 1793 contra la Revolución francesa en defensa de la fe católica perseguida.

Ochenta años antes las parroquias de esa zona eran misionadas por un pobre predicador bretón llamado Luis María Grignon, del pueblo de Montfort. Con lenguaje sencillo y afectuoso, con verbo encendido por el celo de Dios predicaba incansable por los pueblecitos y suburbios pobres de las ciudades las verdades salvadores de la fe, les contagiaba el deseo de ir al Cielo y el horror al pecado que lleva al infierno; fustigaba los vicios y animaba a la virtud con el auxilio de la gracia de Dios. Inculcaba a las familias el rezo del rosario, levantaba calvarios y cruces en los caminos, y componía entusiastas cánticos recordatorios de lo predicado en la misión. Los campesinos los aprendían de memoria y los transmitían a sus hijos y a sus nietos. Pues bien, estos nietos de los oyentes de la predicación del Santo de Montfort fueron quienes se sublevaron en armas por su fe en la gloriosa gesta de La Vendée.

¿Existe relación entre el hecho de que tales tierras fueran misionadas por el Santo y el de que al cabo de algunos decenios sus habitantes se alzarán contra el poder político anticristiano que pretendía arrancarles la fe de sus padres?

Para saberlo, hay que aclarar en primer lugar la motivación del alzamiento militar, sus causas profundas y auténticas, y el porqué de su enorme popularidad.

La guerra no se hizo por un instintivo apego a la tierra

Los historiadores no se ponen de acuerdo. Los de tinte liberal resaltan el detonante del alzamiento, que sería el general rechazo de los campesinos a alistarse en el servicio militar obligatorio, impuesto por primera vez por los revolucionarios franceses a aquellas pacíficas gentes. De ello deducen que su comienzo fue una especie de revuelta sediciosa frente al despotismo de la ciudad.

Se ha abusado del argumento de Michelet de que el

vendeano se alzó contra el alistamiento obligatorio que le apartaba lejos de su hogar, y que «antes que abandonar su terruño estaba dispuesto a guerrear contra el mismísimo rey».

Es cierto que el vendeano estaba muy unido a la tierra y que aborrecía la milicia que le sacaba de ella, pero su apego era espiritual y religioso. Del Santo de Montfort había aprendido a cantar:

«Un vrai chrétien n'est plus de cette vie
il a déjà le coeur dans la Patrie»¹

Y también:

«Lorsque je lève les yeux
Jusque dans ma Patrie,
Je me trouve malheureux
D'être dans cette vie.»²

Nuestra verdadera patria está en el Cielo

El campesino vendeano veía por encima de las patrias pequeñas o grandes de aquí abajo una patria superior, la de las almas, prolongación natural de la patria terrestre temporal. Se sentía ciudadano de esa patria del Cielo en la que, si era buen cristiano, tenía reservado un sitio con sus padres y abuelos. Sabía que al cabo de unos años, un siglo a lo más, todos los que veía a su alrededor habrían recibido la recompensa de esa patria feliz, si cumplían con los mandamientos y los preceptos de la Iglesia que les predicaba el párroco los domingos y que les recordaban los misioneros periódicamente. ¿Era razonable renunciar a esa eterna felicidad a cambio de bienes caducos, o por escapar de una persecución pasajera?

San Luis María les había hecho aprender su famoso cántico *El camino del Paraíso*, que dice:

«Allons, mes chers amis,
Allons en Paradis...

1. «No vive un buen cristiano en esta vida, pues ya en la Patria está su corazón.»

2. «Cuando elevo los ojos a mi patria, me siento desgraciado de estar aquí.»

Mais n'importe à quel prix.
 Pour des maux si petits,
 Des plaisirs infinis.
 Pour un bien temporel,
 un trésor éternel.
 Le Paradis vaut mieux
 Quoi qu'on gagne en ces lieux.
 Qu'il faut de violence
 Pour cette récompense!
 Il n'est rien qu'on ne fasse
 Pour la divine grâce». ³

Para el campesino su patria era sobre todo la tierra y las tradiciones de sus padres y antepasados, con los que se sentía en comunión de pensamiento. Labraba los mismos campos que ellos, rezaba las mismas oraciones en la misma iglesia y ante las mismas imágenes, honraba sus restos en el cementerio anejo a la parroquia en que esperaban la resurrección, y en el que sabía que su cuerpo también descansaría cuando su alma ascendiera a la verdadera patria eterna en la que sería feliz para siempre. Así se lo habían enseñado desde pequeño y así lo decían los cánticos de la misión que había aprendido de memoria y que repetía en cada celebración religiosa.

Su cariño por su pequeña patria chica no era incompatible en modo alguno con su orgullo por la gran patria francesa, a la que amaba como el que más y de la que nunca quiso separarse. Ni en la paz ni en la guerra se le oyó denostar a Francia; lo que odiaba, y por eso luchaba, era la dirección que los que gobernaban pretendían darle.

Otros historiadores legitimistas destacan la inmediatez entre la fecha de ejecución de Luis XVI en la guillotina, el 21 de enero de 1793, y la del alzamiento popular, el 14 de marzo del mismo año, deduciendo que se trataba de una airada reacción popular indignada contra el regicidio.

El cortarle la cabeza al rey fue la gota que colmó el vaso de la indignación; el rechazo de los alistamientos fue la chispa que encendió la hoguera, pero ni uno ni otro fueron la causa profunda del levantamiento en el que todo un pueblo mostró disposición de ánimo a luchar hasta dar la vida. Tal disposición sólo la mueve una causa que valga pena; y ésa sólo podía ser una causa sobrenatural: la fe católica heredada de sus antepasados y arraigada profundamente en su almas campesinas.

3. «Vamos, mis queridos amigos, vamos al Paraíso... no importa a qué precio. Por los males más pequeños, placeres infinitos. Por un bien temporal, un tesoro eterno. El cielo vale más que aquí puedas ganar. Y si hay que hacer violencia para esta recompensa, con la gracia divina nada habrá que lo impida.»

La revolución para imponerse precisa destruir la sociedad fundada sobre la ley de Dios

La Asamblea Constituyente que promulga su proyecto de nueva sociedad sabe que debe anteponer la acción antirreligiosa a la antimonárquica; y ante todo procurará disminuir la autoridad e influencia del clero sobre el pueblo. Se puso manos a la obra de demolición a golpes de leyes y decretos.

Se expropiaron primero los bienes del clero, a cambio de una teórica renta del Tesoro que lo ligara al poder político. El pueblo calló. Se confiscaron las piadosas fundaciones destinadas por sus donantes a la expiación de las almas del Purgatorio. El pueblo contuvo su indignación. La Asamblea votó la Constitución Civil del Clero por la que se quebraba la unión de la Iglesia de Francia con el Papa: la Nación elegiría a sus ministros de culto, que serían funcionarios públicos. El pueblo fiel quedó consternado. Confiaba en que el buen rey Luis no sancionaría tal iniquidad, pero se equivocó. El débil Luis XVI cedió una vez más a las presiones y firmó la ley el 24 de agosto de 1790. Los fieles estaban desconcertados, sin poder comprender cómo un rey cristianísimo podía suscribir tal atrocidad.

Mas el desconcierto duró poco. Antes de un mes llegó la noticia de que el Papa condenaba la Constitución Civil. Nadie podía ya llamarse a engaño: se estaba o con la ley y contra el Papa; o con el Papa y la Iglesia, en contra de la ley. Monfort les había enseñado el diálogo de la *Condema del mundo* que con la tonadilla de «Un sombrero de paja» cantaba:

«Jesús: Il faut, chrétiens, me suivre, ou bien le monde;
 Choisissez l'un des deux.
 Me suivez-vous? Que chacun me réponde». ⁴

«Si tuviera dos almas juraría la ley, pero sólo tengo una y no quiero perderla»

Los revolucionarios tenían prisa y requirieron a obispos y sacerdotes a jurar acatar la nueva ley en acto público ante las autoridades, como signo de sumisión al poder político. Surgió la división entre los que juraron la ley y los que, por fidelidad a la Iglesia y al Papa, no prestaron el juramento: los juramentados y los refractarios.

El párroco de Sables dijo ante el tribunal: «si tuviera dos almas juraría la ley, pero no tengo mas que una y no

4. «Jesús: Hay que seguirme a mí, o bien al mundo. Escoged a uno u otro. ¿Me seguís? Que cada cual conteste.»

quiero perderla.» Donde los sacerdotes fueron fieles el pueblo les siguió; donde no, les abandonó y se fue tras los perseguidos, fieles al Papa.

En diciembre de 1790 surgen los primeros incidentes al convocarse elecciones para cubrir las vacantes dejadas por los párrocos refractarios expulsados. Los fieles campesinos boicotean la toma de posesión, y el vacío a los nuevos curas intrusos es absoluto, pese a que Luis XVI suscribe una proclama invitando a todos los franceses a unirse bajo la nueva ley.

El prestigioso historiador Émile Gabory, en su obra *La Revolución y La Vendée*, a quien seguimos, advierte: «Si se precisaba una prueba para demostrar que La Vendée militar no fue nada realista en sus orígenes, se hallará en esta desobediencia manifiesta a las ordenes de Luis XVI. El pueblo fiel está con el Papa y contra la monarquía. Es dato a recordar.

En el preámbulo de la Constitución Civil del Clero se lee: «Que por fin, toda idea de intolerancia sea para siempre proscrita», «Que las opiniones religiosas no sean ya más fuente de odio ni persecución», «Que cada uno —observando las leyes— [advírtase ésta precisión] pueda practicar el culto al que esté unido.»

Se redactan los decretos de ejecución de la Constitución Civil por los que se podrá perseguir a los sacerdotes cuyo unico delito es el de permanecer fieles a la Iglesia católica y al Papa. El Rey débil duda, pues le asaltan los remordimientos. El 19 de diciembre de 1791 toma una decisión importante: «Sobre el decreto relativo a los disturbios promovidos a pretexto de la religión, el Rey examinará». Es la fórmula constitucional del veto. Consternación en la Asamblea. ¿Cómo se atreve el Rey a impedir el castigo de quienes se alcen contra la ley que lleva su firma? Los católicos sacan conclusiones apresuradas: ¿es la derogación de la Constitución Civil del Clero? El Rey quiso recuperar la autoridad moral perdida, pero era tarde. Pero al menos este gesto permitirá a los campesinos poder luchar además de por Dios, también por el rey.

«Los que vendrán después de mí no son pastores, sino lobos rapaces»

Las iglesias de los intrusos juramentados permanecen desiertas, mientras el pueblo se abarrota en las misas que dicen, donde pueden, los sacerdotes refractarios. El antiguo párroco de Soullanes, al despedirse de sus fieles, les dijo desde el púlpito: «No escuchéis a los que vendrán después de mí, no son pastores sino lobos rapaces».

El Santo de Montfort, en sus «oraciones de un celoso misionero» cantaba:

«Loin de moi, pasteurs mercenaires,
Pasteurs, mais grands hommes d'affaires
Qui prêchez, mais par intérêt.»⁵

Los campesinos rechazaban recibir los sacramentos de los curas juramentados porque creían que administrados por hombres traidores a la Iglesia y al Papa no tenían valor. No era así pero para ellos los curas separados del Papa no podían perdonar los pecados, bautizar ni casar ante Dios. La moralidad de unos y otros sacerdotes era también diferente. Los menos virtuosos fueron los primeros en prestar juramento y en solicitar parroquias que creían ventajosas.

Un cura juramentado que luego se metió a político escribe en sus memorias sobre la Constitución Civil del Clero: «Este juramento ha hecho más daño a Francia que los cadalsos de Robespierre y los ejércitos aliados europeos coaligados contra ella. Fue un inmenso error el que la Asamblea Constituyente decretara esa ley, y otro mayor aun el obligar al clero a jurarla.»

El celo de los misioneros por la causa de Dios hizo de La Vendée un pueblo de héroes y mártires

A la muerte de san Luis Grignon de Montfort el 27 de abril de 1716 la Compañía de Maria contaba con sólo dos sacerdotes jóvenes e inexpertos: el padre Vatel y el padre Mulot. Los hermanos eran siete, y las hermanas de la Sabiduría, sólo cinco. Pero el fuego apostólico que abrasaba al Santo se trasmitió a su pequeño grupo de discípulos que, siguiendo sus métodos, misionaron sin descanso la orilla izquierda del Loira y el Alto Poitou, siguiendo las huellas de su fundador. El padre René Mulot, sucesor de Montfort y superior de las Hijas de la Sabiduría, con celo incansable predicó más de doscientas misiones por todo el oeste, antes de morir en 1749. Sus compañeros, enseñando la esperanza en el Cielo y la confesión de los pecados, elevando calvarios y recordando al pueblo los cánticos de su fundador, fueron conocidos popularmente como *mulotinos*, y «su celo intrépido les había conquistado un influjo inmenso en toda La Vendée», —escribe Laveille—. Habían sabido comunicar a los campesinos de las región de los Mauges un ardor de fe, que en las horas de las grandes iniquidades revolucionarias haría de ellos un pueblo de soldados y de mártires.

En *El camino del Paraíso*, canción preferida por san Luis de Montfort para animar a sus oyentes en la misión y cuyos primeros versos entonó en su lecho al sentir llegar a la hermana muerte, canta el Santo:

5. «Lejos de mí, pastores mercenarios, pastores sí, pero grandes negociantes; que predicáis, pero por interés.»

«Allons, gens courageux,
 Prenons le ciel pour nous,
 Laissons la terre aux fous!...
 Allons, mes chers amis,
 Allons en Paradis!
 Soufrons, n'épargnons rien
 Pour avoir ce grand bien,
 Ayons plus de courage!
 Faissons-en davantage,
 On n'en peut pas trop faire
 Pour cette unique affaire».⁶

El autor de la *Historia religiosa de la Revolución francesa* dice: «Cuando los jesuitas desaparecieron se sospechó que los montfortianos eran su continuación; cuando comienza a difundirse el culto al Sagrado Corazón se les denuncia como los más ardientes cordícolas; los parlamentos los motejan de ultramontanos; los jansenistas, de idólatras; los filósofos se burlan; los refinados hacen ascos. Pero a distancia de la capital y de los grandes centros, las críticas y las ironías no les hacen mella. Los misioneros prosiguen su obra de parroquia en parroquia, accesibles a todos y por ello populares, sin más cuidado que el de la casa de Dios.»

«El celo de los misioneros de Saint-Laurent es la causa de la oposición a las nuevas ideas»

Fueron los misioneros de Montfort quienes dieron en el país de Mauges el grito de alarma contra la Constitución Civil del Clero y su juramento, redactando y difundiendo su *Catecismo para uso de los fieles en las actuales circunstancias*.

El siempre citado panegirista de los revolucionarios, Jules Michelet, dice: «La fanática propaganda que trabajaba a los vendeanos tenía su centro en Saint-Laurent-sur-Sèvre, desde donde las Hermanas de la Sabiduría y otros emisarios la extendían por todo el país... Entre Angers y Saint-Laurent, a mitad de camino, cerca de Beaupréau, se halla el pueblo de Pin-en-Mauges. El hombre que jugó el papel de protagonista en la insurrección, Cathelineau, era el sacristán de su parroquia».

La mayoría de los historiadores liberales de La Vendée —que son casi todos—, presentan un paralelismo entre la influencia de los misioneros de Saint-Laurent sobre los reaccionarios, y la de los «Amigos de la Constitu-

ción» entre los que llaman patriotas. Algunos, los más sectarios, siguiendo a Michelet, les atribuyen el levantamiento vendeano, que sería obra de sus secretas intrigas, y del que los misioneros serían sus instigadores y dirigentes. Así, citan que en una carta fechada en el distrito de Cholet en mayo de 1791 se habla de que «Los misioneros de Saint-Laurent corrompen a los campesinos». Dumoriez escribe en su diario: «Los misioneros de Saint-Laurent son peligrosos. Las Hermanas de la Sabiduría, por muy útiles que sean en los hospitales, son también muy peligrosas. Convendría destruir su cuartel general de Saint-Laurent». Una memoria dirigida a Reubell dice: «Hay entre los sacerdotes unos llamados mulotinos, que son unos misioneros sin escrúpulos que no se asustan ante nada, organizan procesiones nocturnas, hacen supuestos milagros y turban el espíritu de las mujeres, a las que han llegado a amenazar para que rechacen a sus maridos y no duerman con ellos.» En otras memorias leemos: «La celosa actividad de los misioneros de Saint-Laurent, sus sordas idas y venidas, sus infatigables y secretas predicaciones, son la causa principal de la disposición de gran parte del pueblo hacia las nuevas ideas». El procurador general síndico de Angers denuncia en un informe «las ramificaciones de los misioneros de Saint-Laurent por toda Francia por medio de las Hermanas de la Sabiduría».

Las citas son suficientemente elocuentes de la influencia de los misioneros en el pueblo campesino del oeste de Francia en los años anteriores e iniciales de la Revolución. Su combativo apostolado predicando las misiones populares, distribuyendo a millares las medallas y detentes, haciendo representar la Pasión y los autos sacramentales a los campesinos, haciendo, mediante efectos especiales, descender a los ángeles del cielo a la plaza de la iglesia y sepultar a los demonios en el infierno, fue moldeando el espíritu de aquellas piadosas gentes, preparándolas para la persecución próxima, enseñándoles cuál debía ser su respuesta cuando la situación lo exigía: dar la vida por la fe.

«Es mejor morir en el combate que ver la ruina de la nación y el santuario»

La predicación de san Luis María y sus celosos discípulos fundamentaría la actitud macabaica que siguieron aquellos piadosos campesinos frente a quienes querían arrancarles la fe católica. Actitud que llamamos macabaica, pues es la que narra el libro sagrado: «Clamó Matatías con gran voz: ¡Todo el que tenga celo por la Ley, y mantenga la Alianza, que me siga!» (I Mac 2.27), y «Se han congregado contra el Santuario. Es mejor que muramos en el combate a que tengamos que presenciar

6. «¡Vamos, gente valiente! Lo nuestro es ir al Cielo, dejemos a los locos la tierra. Vayamos, mis amigos, todos al Paraíso. Suframos, nada ahorremos, por conseguir tal bien. Seamos más valientes, hagamos más y más. Por lo único que importa, no cabe exagerar.»

la ruina de nuestra nación y su Santuario. Según sea su voluntad en el cielo, así se haga» (I Mac 3.59-60).

Los misioneros reparten su manual *Modelos de los cristianos perseguidos*, poniendo como ejemplo a los mártires e invitando a imitarles, si el caso lo requiere.

El predicar que hay que servir a Dios antes que a los hombres y que morir por la fe es vivir eternamente, fue la gran aportación del Santo y sus hijos al levantamiento de La Vendée. Aportación fundamental y profunda que no ven historiadores superficiales que se copian repitiendo interpretaciones contrarias a la realidad de los hechos: convertir a los misioneros de san Luis María en agitadores de resuelta y dirigentes del alzamiento. Esa tarea la realizaron geniales caudillos surgidos del pueblo; a los misioneros les cupo otra más elevada: preparar sus almas para que estuvieran dispuestos a dar la vida por la fe en Jesucristo.

La prueba de que la acción de los misioneros fue puramente espiritual está en que entre los innumerables documentos citados sobre la insurrección, ninguno de los diversos testigos —guardias, concejales, curas intrusos, etc.— ni una sola vez mencionan la presencia ni la actuación directa de un misionero de Saint-Laurent ni en la preparación militar del alzamiento ni en su ejecución.

En busca de la prueba del complot: registros en el convento de los misioneros

Hay un hecho significativo al respecto que resulta elocuente: el registro a que se sometieron los dos conventos de los misioneros en Murtagne. El 1 de junio de 1791 una veintena de guardias nacionales de Angers, que luego dirían actuar sin orden superior, salieron de Cholet y se dirigieron al convento de los misioneros. Tenían informaciones de que allí se refugiaban los curas refractarios y se reunían los agitadores, que escondían allí su arsenal y sus pertrechos para la próxima guerra. Se actuó con la máxima discreción para sorprenderles y descubrir la prueba del complot, irrumpiendo de improviso en el convento. Gran decepción. El superior se hallaba ausente desde hacia una semana y sólo se encontraban cinco misioneros y un canónigo de La Rochela que iba de paso a ver a su familia. Al mismo tiempo, otro grupo de guardias penetraba en el convento de las Hermanas. Se revolviéron todas las dependencias de las dos casas sin descubrir nada sospechoso. No se dieron por vencidos; había que registrar mejor y descubrir lugares ocultos. Se dejaron guardias y se volvió al día siguiente con más gente. Magros resultados.

Los guardias nacionales retornaron a Angers llevándose consigo maniatados a los padres Dauchet y Duguet. Por todo botín se llevan un grueso paquete de papeles

manuscritos, entre ellos el original del popular *Catecismo para uso de los fieles en las actuales circunstancias*. Duguet reconoció ser su autor. También apareció otro folleto: *Instrucción sobre los curas intrusos*, en forma de diálogo entre un parroco y su fiel campesino. Pecadillos, delitos de opinión sobre cuestiones religiosas, nada de pruebas sobre la preparación de una insurrección contra el gobierno.

Al saberse los hechos se indignaron los campesinos del entorno, muy unidos a los misioneros, y enviaron un escrito a la capital del Departamento, logrando la puesta en libertad de los dos misioneros. Tan estrepitoso fue el fracaso que el Directorio del Departamento se justificó exigiendo una investigación y el castigo inmediato de los guardias nacionales culpables de tales desafueros por haber actuado sin órdenes suyas. La forma habitual de solucionar incidentes desfavorables.

«Devolvedlos a Dios»

El 1 de mayo, domingo, el vicario de San Cristobal predicó su último sermón, preparando a sus feligreses para la persecución. Sus oyentes se emocionaron y por la tarde, a la salida de vísperas, tocaron arrebató las campanas convidando a los pueblos vecinos. Decidieron todos sostener la causa de Dios. Las autoridades piden refuerzos y les intiman a disolverse y acatar la legalidad y al nuevo cura que juraba aquella tarde y tomaría posesión al día siguiente. En vano. Llegó un destacamento de dragones y numerosos guardias nacionales. Los campesinos les esperaban a pie firme. Se trabó la lucha. Dos dragones cayeron del caballo heridos. El campesino Guillon, cubierto de sangre, se defiende de los gendarmes con su guadaña. «¡Ríndete!», le intiman los guardias. «¡Devolvedme a mi Dios!», responde Guillon. Es embestido por los gendarmes y expira instantes después.

La noticia de los disturbios llegó a la Asamblea de París, que decidió enviar unos comisarios a los distritos en ebullición para conocer la causa del descontento y de los desórdenes, antes de tomar medidas. Recorrieron el país durante tres meses. En todas partes la respuesta de las autoridades es la misma: la cuestión religiosa; hay que alejar a los curas refractarios. Se saca de la cárcel al vicario general de Luçon, monseñor de Beauregard, que había sido recluido por protestar contra la elección del nuevo obispo intruso, y que desde la cárcel había mantenido la fortaleza de sus sacerdotes fieles. Se le hizo comparecer ante los comisarios investigadores. Ante ellos habló con valentía y claridad: «No será posible la paz mientras no se nos conceda a los católicos fieles al Papa la más completa libertad». Fue devuelto a la prisión.

El informe de los comisarios incide en la tradicional

vinculación del vendeano a su religión de sus padres, a la excesiva influencia del clero sobre gentes incultas, a la agitación de los curas no juramentados que, pese a haber sido expulsados de sus parroquias, seguían dirigiendo las almas de sus feligreses mediante el fanatismo y la superstición. Concluía invitando a la prudencia y desaconsejando medidas coercitivas. El informe fue leído y aprobado en la Asamblea el 5 de octubre. Resultado: el día 8 se envían urgentemente tropas a La Vendée y a Bretaña.

El trágico final de una Iglesia nacional separada del papa

El 26 de abril de 1792 un decreto ordena que los curas no juramentados salgan del reino en el plazo de 15 días. Los intrusos se alegran de la medida creyendo que la desaparición de sus rivales les hará más fácil su aceptación, pero se equivocan; les hace más odiosos a los ojos de los campesinos, que les tildan de leprosos del alma. Han perdido su rectitud sacerdotal y con ella su vocación al martirio. Su ambición de obtener buenos puestos no ha sido cumplida, están aterrorizados y denuncian sin cesar a sus enemigos. Se desmoralizan. Sin unidad se relajan en su moral al igual que antes en su fe, y a los ojos de sus parroquianos aparecen como indignos.

El golpe de gracia vino con un decreto de 1792 que les autoriza a casarse. Celebran la bodas normalmente con una criada mayor o una payesa inculta, mal preparadas para ser compañeras de un hombre instruido. Convidan a la ceremonia a las autoridades y a sus amigos constitucionales. Un colega pronuncia las palabras sacramentales y tras el banquete y el baile, el recién casado sale con su mujer de viaje de novios.

El matrimonio de sus ministros dio el golpe de gracia a la iglesia cismática oficial. Tuvo que promulgarse una ley en agosto por la que si una comunidad rechazaba a su parroco por haberse casado, tenía que pasarle el sueldo a sus expensas.

Para muchos juramentados, obispos y sacerdotes, sólo faltaba dar un paso más: la secularización, que al igual que su ordenación, querían hacerla pública y solemnemente. Algunos murieron en forma trágica y el pueblo veía todo ello como un castigo de Dios.

El vicario general de Luçon, monseñor de Beauregard, desde la cárcel manda a los sacerdotes fieles que se han escondido para no ser deportados, que celebren la misa en las granjas, de día o de noche, llevando consigo un altar portátil, convocando a los fieles por el cuerno de caza o por mensajeros de confianza. Debían seguir registrando bautizos, bodas y entierros.

El pueblo compara los dos cleros y sus convicciones

se reafirman: encarnan la eterna lucha del bien contra el mal; el buen cura y el cura malo; la Iglesia de Dios y la del demonio. La lucha no puede acabar hasta que el cura malo haya desaparecido y sea destruida la iglesia cismática de la perversión y el escándalo. Así acababa 1792. En la siguiente primavera estallarían la exasperación.

Las nuevas ideas de la Revolución son el mundo, enemigo del alma

El pueblo sabía que el mundo es enemigo del alma y que su rey es Satanás. San Luis María de Montfort se lo grababa en la memoria a través de su canción *Las desgracias del mundo*, con la tonadilla «¡Viva Jesús, Viva!»:

«Amigos de Dios, bravos soldados,
unámonos, no nos dejemos abatir,
combatamos al mundo y sus engaños,
puesto que Dios va con nosotros,
le venceremos, combatamos unidos!

Es el mundo Satanás,
que se muestra disfrazado,
es su partido y ejército,
que a todos quiere enrolados
por llevarles al infierno
y tenerles a su lado.

¡Dios mío, cuántos se afilian
al partido del diablo!
mil pequeños, diez mil grandes,
políticos y aldeanos,
«bon vivants» y libertinos,
medio devotos y sabios.
No se hace allí bien alguno,
se enseña todo pecado.

Del mundo es rey el demonio
que a hacer el mal nos anima
y a que ofendamos a Dios
por la rabia que le inspira».

«¡Que ya es hora, ya es hora de que venga, Jesús, vuestro Reino!»

Se comenta que los tiempos son malos, pero que lo peor puede estar por llegar, y que hay que tener el ánimo dispuesto a sufrir por la causa de Dios, tal como han predicado los misioneros y les han recordado sus parrocos fieles antes de partir.

Un día llega copia de la oración que el Rey ha dirigi-

do al Corazón de Jesús desde la prisión del temple: «Ved Dios mío las llagas que desgarran mi corazón, y la profundidad del abismo en que he caído. Males sin número me rodean a mi persona y a mi familia, y se extienden por todo mi reino. Siento abatido el ánimo por los gritos de los desgraciados, por los gemidos de la religión oprimida, y una voz interior me advierte que vuestra justicia puede reprocharme todas las calamidades porque en los días de mi poder no he reprimido la corrupción de las costumbres y la irreligión».

San Luis María había enseñado a cantar las esperanzas del Reino del Corazón de Jesús y a pedir impacientes su venida.

«¡Jesús en cruz! ¡Venga ya vuestro reino!
¡que ya es hora, ya es hora
de que todo os adore y obedezca!

«Sí, es la religión de nuestros padres la que defendemos y defenderemos»

A mediados de marzo de 1793 se produce el levantamiento. Los manifiestos hablan de rechazo a los alistamientos, pero insisten ante todo en los fines religiosos que les animan: «Hay que hacer retornar a los buenos sacerdotes y obligar a los republicanos a gritar: ¡viva el Papa! ¡Abajo la Nación!» Termina uno de ellos con estas palabras: «El buen Dios demostrará pronto que es más fuerte que el diablo.»

El 24 de julio el ejército de Joly en marcha hacia Sables lanza un manifiesto en que justifica su lucha: «Restablecer el trono y la Religión, y con ellos el orden y la paz». Evidentemente, no es una cuestión de reclutamiento.

«Sí, es la religión de nuestros padres la que defendemos y defenderemos hasta la última gota de nuestra sangre, siguiendo el ejemplo de nuestro Divino Maestro, que no temió dar la vida para establecerla entre nosotros», dice el manifiesto del Gran Ejército Vendeano.

«El restablecimiento del culto católico y romano es lo que principalmente ha impulsado a los campesinos a tomar las armas», leemos en la respuesta de los jefes vendeanos a los enviados por los príncipes exiliados. De la milicia obligatoria, nada.

«Mueren siempre cantando y profesando su fe»

«Tienen un fanatismo exacerbado, como los mártires del siglo IV. Los ejecutamos todos los días, y mueren siempre entonando cánticos y profesando su fe», dice un informe republicano. Gracias por el testimonio.

¿Quién había enseñado a los abuelos de esos campesinos a profesar la fe cantando? Montfort había escrito:

«Cantemos, alma mía, sí, cantemos,
hagamos resonar nuestras canciones,
que a nuestro siempre alegre Dios,
le gustan de sus hijos los cantares.

Oigamos a los ángeles cantar
y cantemos nosotros imitándoles.
Que sea nuestro canto como un eco
al canto de los ángeles.

Enseño con mis versos y canciones
a que se aprendan bien las oraciones,
pues me valgo del ritmo de la rima
porque en el alma una verdad se imprima.

La palabra de un verso ha de llevar
algo con que se pueda meditar
para poder guardarla en la memoria
y al recordarla, a Dios honor y gloria».

«Morir para ellos es el comienzo de la bienaventuranza celestial», constata Volney en su informe sobre el Loira inferior. Thurreau, el jefe de las columnas infernales que arrasaría La Vendée, los compara con los cruzados, creyendo despreciarlos.

«La Vendée está totalmente fanatizada; los bandidos [los de París les llamaban "brigands"] combaten por el Cielo. Su bandera es la Cruz, bajo la que derraman torrentes de sangre», constata Mercier du Rocher, quien posiblemente ignoraba que su testimonio es la demostración literal de quien haya sido el inspirador de tales actitudes. El grito de «¡Viva Jesús, viva su Cruz!» era la introducción obligada de las palabras de san Luis María de Montfort, que con el aire de la canción *Ya no se ve en nuestros bosques* había compuesto:

«Viva esta divina Cruz
cetro del Rey de la gloria,
desde el que reina Jesús,
que es bandera de victoria.
¡Viva Jesús, Viva su Cruz»

La pregunta que hacíamos al inicio de este artículo sobre la posible relación entre la predicación del Santo de Montfort y la lucha por la fe del pueblo de La Vendée creemos debe tener respuesta afirmativa: la gloria de haber transmitido el celo por el honor de Dios y la defensa de su Iglesia a los héroes y mártires de La Vendée en 1793, pertenece, humanamente hablando, más que a nadie, a san Luis María Grignon de Montfort.

JESÚS M. DE ORIHUELA, TRADUCTOR DE «LA VERDADERA DEVOCIÓN»

Fr. V. S. de M.

El padre Jesús M. de Orihuela (Ángel García Gil, Orihuela 1886) ingresó en la Provincia Capuchina de La Preciosísima Sangre de Valencia y vistió el hábito el 2 de febrero de 1902 en el convento de Massamagrell (donde profesó el año siguiente), recibiendo la ordenación sacerdotal en 1911.

Profesor y mariólogo, colaboró asiduamente en las revistas *Floreillas de San Francisco*, *Mensajero de María Reina de los Corazones* y *El Propagador de las Tres Avemarías*. A principios de este siglo destacó como conocedor y entusiasta de la espiritualidad del entonces beato Luis M. Grignon de Montfort, y en este sentido, pronunció esclarecedoras conferencias sobre la «santa esclavitud» como base de la consagración a Jesús por María, siendo particularmente interesantes las tituladas «Solución de algunas dificultades contra la santa esclavitud mariana» (conferencia dictada en la Asamblea de Sacerdotes de María, celebrada en Murcia —26-27 de junio de 1917—, de la que encontramos un resumen en la «Crónica del Primer Congreso Mariano-Montfortiano», pp. 10-11); «Naturaleza de la Esclavitud Mariana» (discurso pronunciado el día 19 de septiembre de 1918 en el Congreso Mariano-Montfortiano celebrado en nuestra ciudad de Barcelona, en cuya «Crónica» ocupa las pp. 114-126), y «La Santa Esclavitud Mariana» (ponencia leída en la Asamblea Regional Mariana, celebrada el año 1923 en Valencia, en cuya Crónica, publicada el año 1925, ocupa las pp. 181-186).

Pero la labor más notable del padre Jesús M. de Orihuela como divulgador de la espiritualidad mariano-montfortiana fue la cuidada versión al castellano del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de Luis M. Grignon de Montfort, que tradujo de la nueva edición francesa de Pacteau, enteramente conforme al original, y que publicó en su primera edición en Totana (Murcia) el año 1915, a cargo de la administración de la revista *El Mensajero de María, Reina de los Corazones*. Agotada la edición, de los talleres tipográficos del colegio de San Buenaventura de los capuchinos de Totana,

poco después, el año 1918, aparecía una «segunda edición diligentemente corregida», que está en la base de las posteriores ediciones (Valencia, 1942 y 1954; Buenos Aires, 1939; Madrid, 1947); y, finalmente, la incorporación de dicha traducción de *La verdadera devoción* a las «Obras de San Luis María Grignon de Montfort», que el año 1954 preparó la BAC.

El Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen ya en su día fue muy recomendado por el papa Pío X, quien animó encarecidamente su lectura, concediendo la Bendición Apostólica a los lectores (Roma, 27 de diciembre de 1908).

En la primera y segunda edición de la versión castellana, después de una dedicatoria del traductor a «María Inmaculada, Reina de los Corazones» (fecha en Totana el 8 diciembre de 1914), el padre Jesús M. añade, también, la versión castellana del prefacio del padre Faber (escrito el 2 de febrero de 1862, y que acompaña la quinta edición inglesa de *La verdadera devoción*), en el cual leemos, a propósito de la vida y escritos de Grignon de Montfort que: «Pocos hombres ha habido en el siglo XVIII que llevasen sobre sí, tan fuertemente grabadas, las señales del hombre providencial [...]

Clemente XI le nombró misionero apostólico en Francia, con el fin de que consagrara su vida entera a combatir el jansenismo, que tan perjudicial era a las almas [...] Todos los que se disponen a leer este libro [*La verdadera devoción*] indudablemente amarán a Dios y lamentarán no amarle más todavía [...] En el *Tratado de la verdadera devoción* se encuentra, si se me permite expresarme así, cierto sentimiento de algo inspirado y sobrenatural, que crece a medida que se le va estudiando [...] ¡Oh, si María fuese más conocida, cuánto más milagrosa sería nuestra fe y cuán diferentes nuestras comuniones! ¡Oh, si María fuese más conocida, cuanto más dichosos, cuánto más santos, cuánto menos mundanos seríamos, y con cuánta más perfección seríamos vivas imágenes de nuestro único Señor y Salvador, su queridísimo y santísimo Hijo!».

El padre Francisco Javier Hoyos: «REINARÉ EN ESPAÑA»

Francisco Canals Vidal

En los años en los que se acercaban las tragedias políticas y las persecuciones religiosas de los años 1934 y 1936-1939, con frecuencia oíamos de nuestros padres, de nuestros profesores religiosos, o pronunciadas en la predicación sagrada, las palabras «Reinaré en España y con más veneración que en otras partes».

También era muy vivo el sentimiento de la persecución religiosa en México, y el grito de ¡Viva Cristo Rey!, pronunciado por el jesuita mártir, el padre Pro, hoy ya beatificado, alentaba como un estímulo a los que entonces éramos todavía niños, jóvenes, y servía de ejemplo a los que iban a ser pronto, también en España, mártires del Reinado de Cristo.

Eran más conocidas las palabras que en 1733 había comunicado el Señor al joven estudiante jesuita, prometiendo el Reinado del Corazón de Jesús en España, que la figura y la vida de Bernardo Javier Hoyos. De la esperanza del Reinado de Cristo en España hablaban entre sí el obispo mártir Irurita y el padre Ramón Orlandis. Aquel mensaje había movido a cuantos en la Iglesia y en la vida social española habían promovido la consagración de España al Corazón de Jesús, simbolizada en el Cerro de los Ángeles.

Ha sido una de estas admirables sorpresas de la Providencia el hecho de que hoy, casi del todo olvidada la promesa de 1733, casi siempre silenciada la palabra España, nos llegase la noticia de que en 19 de enero de este año, la Congregación para la causa de los santos haya declarado las virtudes heroicas y la aprobación de los escritos del jesuita Bernardo Javier Hoyos, nacido en Torrelabón en 21 de agosto de 1711 y muerto en Valladolid en 29 de noviembre de 1735.

El reconocido autor cuyo nombre literario es Adro Xavier, ha escrito un libro: *Padre Hoyos. Su época. Su mensaje* (Editorial Balmes, Barcelona, 1996). Su oportuna aparición nos permite entrar en contacto vivo con la admirable biografía de aquel santo religioso, que Dios escogió para apóstol y profeta del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España.

La vida del padre Hoyos fue una vida oculta. Murió al comienzo de su «tercera probación», es decir, antes de que llegase a ser profeso con los últimos votos en la Compañía. Es una vida rápida e intensa. Nacido en un pueblo de la diócesis de Palencia, Torrelabón, hijo de un notario, su familia procuró que cursase estudios en los colegios de la Compañía de Jesús de Medina del Campo, en el

que estuvo por breve tiempo, y en el célebre colegio de Villagarcía de Campos, en el que entre los nueve y los catorce años de su edad estudió el ciclo característico de la formación humanística: tres cursos de gramática, ínfima, media y suprema, humanidades, y retórica.

Antes de cumplir los quince años de edad consiguió ser admitido en el noviciado de la Compañía, también en Villagarcía de Campos. Encontró ya los primeros obstáculos para su entrada en la Compañía, primero por parte de su familia y después por parte de sus superiores, que vacilaban en admitirlo, tal vez por su aspecto externo que no sugería una personalidad brillante.

Bernardo Javier Hoyos fue conducido por la gracia de Dios por los caminos de una elevada vida mística. Este fue el motivo por el que sus superiores quisieron que comunicase por escrito al padre Agustín de Cardaveraz los íntimos secretos de su vida espiritual, y que además la correspondencia entre ambos fuese siempre conocida por el padre Juan de Loyola. La divina providencia dispuso así que aquel joven que moriría tan prontamente, y que no alcanzaría a publicar escrito alguno, pueda ser hoy conocido por las cartas que se conservaron en que el padre Cardaveraz respondía a sus consultas, y que son el principal testimonio de aquella elevada vida mística.

Durante sus estudios vivió la experiencia del «desposorio espiritual con Cristo». He aquí las palabras que refiere haber oído dichas a él por Jesús:

«Alma escogida: yo te quiero por esposa... Igual es mi poder, mi grandeza, mi inmensidad, mi bondad, mis atributos y mis perfecciones con las del Padre y el Espíritu Santo.

»Esto fue en nombre de la divinidad, y lo que sigue, de la humanidad santísima: yo soy Dios y Hombre; dotado, en cuanto hombre de todas las dotes correspondientes a mi dignidad... a mí se me ha entregado el mando de todo lo criado, siendo rey de todo ello.

»Esta hermosa máquina del universo con todas sus perfecciones me está sujeta como hacedor, en cuanto Dios y en cuanto heredero del cetro de Judá» (ob. cit., p. 125).

Al escribir esto en 1730, no había cumplido Bernardo Javier todavía diecinueve años y cursaba el tercer año de Filosofía. Es digno de notarse este texto por la conexión que siempre ha tenido el apostolado del Sagrado Corazón de Jesús con la afirmación del Reinado de Cristo en el mundo.

La vocación del padre Hoyos a este apostolado, por el

que sería en España lo que fue para Francia santa Margarita María de Alacoque, ocurriría en el año 1733. La certeza del llamamiento divino la expresaba así en carta al padre Juan de Loyola:

«Yo no se cómo me vienen estos pensamientos, porque yo discurro muy poco sobre esta materia y sin discurso —es decir, sin razonamiento propio— me lo hallo todo hecho» (p. 299).

Pero Dios había querido que el primer sentimiento de la voluntad divina viniese después de la lectura de unas páginas de la obra del padre Gallifet, el gran apóstol que en 1726 publicó en Roma su obra en latín *Sobre el culto del sacrosanto corazón de Nuestro Dios y Señor Nuestro Jesucristo*. El motivo de esta lectura fue el atender al ruego del padre Agustín de Cardaveraz que tenía que pronunciar en la parroquia de San Antonio Abad de Bilbao un sermón en torno a la fiesta del Corpus Christi, y le pidió a Bernardo Javier le copiara algunos párrafos del primer capítulo de la obra.

Aquel gran teólogo del Corazón de Jesús argumentaba, frente a los que ya entonces discutían sobre el origen de la devoción en «revelaciones privadas», que también la propia fiesta del Corpus había tenido su origen en las comunicaciones del Señor a santa Juliana de Falconieri, y apoyándose en esto defendía la autenticidad del mensaje contenido en los escritos de santa Margarita María de Alacoque. He aquí cómo refiere Bernardo Javier lo que Dios obró en él en ocasión de aquella lectura:

Día 3 de mayo (1733)

«Yo que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento...»

Día 4 de mayo

«No pude echar de mí este pensamiento hasta que adorando la mañana siguiente al Señor en la hostia consagrada me dijo clara e distintamente que quería, por mi medio, extender el culto de su corazón para comunicar a muchos sus dones».

Día 5 de mayo

«Todo el día anduve con notables afectos al Corazón de Jesús, y ayer... repitióme la elección que había hecho de este indigno siervo suyo para adelantar su culto... que sería singular agrado suyo que esta provincia de su Compañía tuviese oficio y celebrase la fiesta de su corazón...»

Día 10 de mayo

«El domingo pasado inmediato a la fiesta de nuestro San Miguel, después de comulgar sentí a mi lado este santo arcángel que me dijo cómo extender el culto del Corazón de Jesús por toda España y, más universalmente, por toda la Iglesia, aunque llegará día en que esto su-

ceda, ha de tener gravísimas dificultades, pero que se vencerán; que él, como príncipe de la Iglesia, asistirá a la empresa...»

Día 14 de mayo: Ascensión del Señor

«Díome a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este corazón para mí sólo, sino para que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos. Y pidiendo esta fiesta en especialidad para España, en que ni aún memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: REINARE EN ESPAÑA CON MAS VENERACION QUE EN OTRAS MUCHAS PARTES (pp. 244 a 248).

Aunque el padre Agustín de Cardaveraz vivía, desde hacía muchos años, la espiritualidad del Corazón de Jesús, no se había sentido movido a difundirla en otros, y mucho menos a darla a conocer públicamente. En 1733, no había casi memoria de ella en España.

A Bernardo Javier Hoyos le daría la divina providencia la oportunidad de cumplir el encargo recibido sólo en el período que va del mes de mayo de 1733 al mes de noviembre en 1735 en que había de morir. En aquel breve período el fervor de su acción, en especial por correspondencia epistolar, iba a cambiar por completo la situación.

En 1734 el jesuita Pedro Calatayud publicó en Murcia un libro sobre *Incendios sagrados del Corazón de Jesús en las almas devotas*. Aquel mismo año apareció en Pamplona la traducción de la obra *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, del jesuita francés Croiset, discípulo de san Claudio la Colombière y que había tenido intensa comunicación epistolar con la propia santa Margarita María de Alacoque. También por iniciativa de Bernardo Javier, su director y amigo el padre Juan de Loyola publicó en Valladolid la primera edición de su libro: *Tesoro escondido en el secretísimo Corazón de Jesús descubierta a nuestra España*. Siguiéron las ediciones de Barcelona (1735) y Madrid (1736).

En esta edición de 1736 escribe ya el padre Loyola:

«Encendióse con casualidad misteriosa esta sólida devoción en un corazón amante de Jesús, que vivía, y murió ya en la nobilísima ciudad de Valladolid. De aquí volaron las centellas de este fuego sagrado por toda España».

Aquel pequeño grupo movido por Bernardo Javier Hoyos —los padres Cardaveraz, Calatayud, que en 1734 fundó en Lorca la primera cofradía del Corazón de Jesús, Peñalosa, el traductor de Croiset, Juan de Loyola—, habían conseguido que en pocos años la devoción al Corazón de Jesús pasara en España del desconocimiento a la difusión general y pública. Recién ordenado de sacerdote (en enero de 1735), el padre Hoyos conseguiría vencer todas las dificultades y celebrar, en torno a la fiesta del Corpus de 1735, la primera novena pública al Sagrado Corazón, en la capilla de la Congregación Mariana

del Colegio de la Compañía de Jesús de Valladolid (pp. 357 a 359).

Es aleccionador y estimulante advertir la plena conciencia que tenían aquellos primeros apóstoles del Corazón de Jesús en España de que estaban iniciando una obra que por designio divino tenía que fructificar definitiva y universalmente en España y en el mundo. La certeza de que serían vencidas todas las dificultades que el mismo

Señor les había anunciado, es también para nosotros un renovado mensaje. El reinado del Corazón de Jesús en España, prometido en 1733, se habrá ido cumpliendo no tanto en la pública consagración oficial al Sagrado Corazón, sino también y muy especialmente en la semilla fecunda de los mártires de la gran persecución de los años 1936-1939, que fructificará sin duda en el futuro.

Festividades de los Mártires que ya han sido beatificados

Día 24 de julio. Las tres religiosas carmelitas descalzas de Guadalajara, M^a Pilar de S. Francisco de Borja; Teresa del Niño Jesús y de S. Juan de la Cruz, María Ángeles de San José, día del tránsito al Cielo. Beatificadas el día 29 de marzo de 1987.

Día 23 de julio. P. Nicéfaro Díez Tejerina y 25 compañeros mártires religiosos pasionistas de la comunidad de Daimiel (Ciudad Real). Beatificados el día 1 de octubre de 1988.

Día 9 de octubre. Hermano Cirilo Bertrán (José Sanz Tejedor) y siete hermanos de las Escuelas Cristianas, y el padre Inocencio de la Inmaculada, pasionista, mártires de Turón (Asturias), inmolados el 9-10-1934. Beatificados el día 29 de abril de 1990.

Día 24 de julio. M. María Mercedes Prat y Prat, de la Compañía de Santa Teresa de Jesús (Barcelona) inmolada en esta fecha el año 1936. Beatificada el día 29 de abril de 1990.

Día 19 de enero. Jaime Hilario Barbal Cosan, hermano de las Escuelas Cristianas, inmolado en esta fecha en el año 1937 en Tarragona. Beatificado el día 29 de abril de 1990.

Día 20 de julio. Braulio María (Pablo) Corres Díez de Cerio, Federico Rubio y 69 compañeros hospitalarios de San Juan de Dios, inmolados el año 1936 en distintos lugares de España. Beatificados el día 25 de octubre de 1992.

Día 13 de agosto. Felipe de Jesús Munárriz Azcona y 50 compañeros hermanos del Corazón de María (claretianos), inmolados en Barbastro el año 1936. Beatificados el día 25 de octubre de 1992.

Día 30 de agosto. Mons. Diego Ventaja Milán, obispo de Almería; monseñor Manuel Medina Olmos, obispo de Guadix, inmolados el año 1936. Beatificados el día 10 de octubre de 1993.

Día 16 de noviembre. Siete hermanos de las Escuelas Cristianas del colegio de San José de Almería, inmolados el año 1936. Beatificados el día 10 de octubre de 1993.

Día 28 de julio. Padre Pedro Poveda Castroverde. Mártir y fundador de la Institución Teresiana. Inmolado el año 1936. Beatificado el día 10 de octubre de 1993.

Día 12 de agosto. Victoria Díez y Bustos de Molina, joven maestra perteneciente a la Institución Teresiana. Inmolada el año 1936 en Homachuelos (Córdoba). Beatificada el día 10 de octubre de 1993.

Día 7 de febrero. Monseñor Anselmo Polanco Fontecha, obispo de Teruel. Felipe Ripoll Morata, vicario general de la diócesis de Teruel, inmolados en Pont de Molins (Gerona) el año 1939. Beatificados el día 1 de Octubre de 1995.

23 de julio. Reverendo padre Pedro Ruiz de los Paños y Angel y ocho compañeros sacerdotes operarios diocesanos, de distintos lugares de España, inmolados el año 1936. Beatificados el día 1 de octubre de 1995.

Día 18 de agosto. Dionisio Pamplona y doce compañeros escolapios, inmolados el año 1936, en distintos lugares de España. Beatificados el día 1 de octubre de 1995.

Día 18 de septiembre. Carlos Eraña, Fidel Fuidio y Jesús Hita, marianistas (religiosos laicos de la Compañía de María), inmolados en Ciudad Real el año 1936. Beatificados el día 1 de octubre de 1995.

Día 20 de noviembre. M. Ángeles de San José Lloret Martí y 16 compañeras hermanas de la Doctrina Cristiana, inmoladas en Paterna (Valencia) el año 1936. Beatificadas el día 1 de octubre de 1995.

Día 14 de febrero. D. Vicente Vilar David, primer seglar beatificado, inmolado en Manises (Valencia). Beatificado el día 1 de octubre de 1995.

A NUESTRAS MADRES, CON PROFUNDA GRATITUD

José Vives Suriá

Tiempo atrás se oía decir con alguna frecuencia que los hombres de edad avanzada venían a convertirse otra vez en una especie de niños. Ahora suele disimularse la existencia de personas de edad avanzada o ancianas. Nuestro lenguaje actual, lleno de eufemismos, de palabras que no expresan exactamente lo que parecen decir, de términos que encubren o modifican un significado más auténtico y preciso, nos habla de personas de la tercera edad y hasta a veces de la tercera o cuarta juventud, cuando el eufemismo se convierte en una especie de hipérbole de mayor entidad. Con todo, como quiera que se nos denomine, andamos recorriendo el último tramo del camino de la vida un apreciable número de personas de edad avanzada, ancianas en verdad, a las cuales empieza a vencer el paso de los años. Una fase de la vida, podríamos añadir, en si misma respetabilísima y que lo sería mucho más si la abundancia de las virtudes cristianas viniese a compensar la creciente virulencia de los achaques. Personas, en definitiva, que por el don de la ancianidad, como ocurriera anteriormente, vuelven de algún modo a hacerse como niños.

Esta condición de la ancianidad de retornar de algún modo a la niñez no sería bueno entenderla como algo penoso y denigratorio, como una forma detestable de vida. Bien al revés. Porque poder ser otra vez como niños es una bondadosa y gratuita gracia de Dios. Es volver con brumas de ensueño y de misterio a la etapa más risueña y encantadora de la vida; recibir con mayor fulgor la luz de una próxima e inacabable alborada cuando los últimos rayos del sol van a extinguirse mansamente en la solemne grandeza del crepúsculo vespertino; y retornar simbólicamente al bendito regazo de la madre, y dormir otra vez confiadamente en la cuna acariciadora de sus brazos, y sentir, sin apenas apercibirnos de ello, el calorcito de la inacabable constelación de sus purísimos besos, que ahora quisiéramos agradecer desde el fondo del alma con el más sentido recuerdo y la más entrañable oración.

Tales consideraciones nos invitan a evocar la venerable figura de aquellas madres cristianas de los tiempos de nuestra niñez, de las que nuestra tierra, gracias a Dios, tenía tantos y tan magníficos ejemplares. También sigue habiéndolas en el día de hoy, de modo casi milagroso dada la índole de los tiempos en que vivimos, y espera-

mos que sea esta una preciosísima clase de mujeres que para bien de todos no se extinga jamás. Ellas, por encima de cualquier otra cosa, nos enseñaron a rezar y a ser agradecidos, mostrándonos desde un principio que el primero de todos los amores es el santo amor de Dios y que la gratitud bien orientada comienza siempre por dar gracias a Dios de todos los bienes recibidos. Ellas, amorosa y piadosamente, nos enraizaron a abrimos al día y acostarnos por la noche haciendo la señal de la cruz y con el rezo de unas oraciones, que al principio eran una simple invocación de los dulcísimos nombres del buen Jesús, de la Santísima Virgen y de San José, y que poco a poco iban ensanchando su círculo hasta comprender todas aquellas oraciones que una cristiana y devota costumbre tenía establecidas para las horas de levantarse y de acostarse. Y puede en verdad decirse que los primeros nombres que aprendimos a pronunciar muchos niños de entonces eran los benditos nombres de Jesús, de la Santísima Virgen y San José.

El primer paso se había dado. Después, poco a poco, en muchas casas delante de un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, más frecuentemente de rodillas que de pie, a medida que íbamos creciendo se iba completando el ramillete de nuestras oraciones, y con el mucho amor de nuestras madres y con el infinitamente mayor amor de Dios se introducía y arraigaba en nuestros corazones una bendita y firme costumbre para todos los días de la vida.

Nos permitimos repetir aquí la primera de ese ramillete de oraciones, cuyo rezo presidía los primeros afanes de cada día. Traducida, sin pretensiones literarias, del catalán, en cuya lengua solía rezar nuestra población y especialmente la campesina, decía así: «¡Señor y Dios mío!, en quien creo, en quien espero, y a quien amo con todo el corazón y sobre todas las cosas. Os doy gracias por haberme creado, redimido, hecho cristiano y conservado en esta noche. Ofrezco en gloria vuestra mis pensamientos, palabras, obras y trabajos. Os pido humildemente perdón de mis pecados y me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Os suplico por los méritos de Jesucristo y de María Santísima la gracia necesaria para nunca más ofenderos. Que vuestra divina gracia esté siempre conmigo y con todos los míos. Amén.»

En estos o parecidos términos, esta preciosa oración

la habían aprendido probablemente nuestras madres de las suyas por tradición oral, juntamente con las restantes oraciones de las horas de acostarse y de levantarse. Ayudaría, sin duda, en su día al asentamiento y difusión de tales prácticas religiosas la gigantesca labor misional realizada anteriormente por el celosísimo sacerdote, hijo de la villa de Sallent, Antonio María Claret, más adelante obispo y fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María, y elevado a los altares por S.S. Pío XII en el año 1950. Esta tarea de predicación misional, eminentemente popular, la inició Antonio María Claret el 15 de agosto de 1840, siendo ayudante o vicario de la parroquia de Viladrau. Daba testimonio de ello la primera cruz erigida en el monte Matagalls de la cordillera del Montseny, hecho que luego cantarían el gran poeta Mn. Jacinto Verdaguer en bellísimas estrofas. Prosiguió áquel su predicación misional hasta el año 1848, o sea durante unos nueve años, recorriendo todos los confines de Cataluña de una manera prácticamente total y exhaustiva. La predicación, vehemente y popular, la hacía en lengua catalana, no por razones políticas sino de eficacia espiritual, como se desprende de sus propias palabras: «*Vosaltres prediqueu en castellà i la gent es condemna en català*». No es aventurado sospechar que por idénticas razones y atendiendo a la actual composición de la población de Cataluña podría hacerlo frecuentemente en castellano, si predicase ahora, aleccionándonos con la siguiente explicación: «*Vosaltres prediqueu en català i la gent es condemna en castellà*».

A esta vigorosa predicación oral, que removi6 las entrañas de Cataluña, siguieron las múltiples ediciones en catalán y castellano de su famoso «*CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA explicat y adaptat A LA CAPACITAT DELS NOYS Y LES NOYES y adornat de moltes estampas*», tan estimado y que podía encontrarse en gran parte de las masías y en toda la ruralía de nuestra tierra. Y asimismo las de otras muchas obras suyas, entre ellas «*Camí dret i segur per anar al Cel*», escrita en el año 1843, de la que se han hecho como mínimo setenta y tres ediciones en catalán y ciento setenta y seis en versión castellana, lo cual es una prueba indudable de que la lengua se utilizaba del modo más conveniente para la salvación de las almas y no de unos intereses políticos, bien ajenos a aquella santa pretensión. De esa maravillosa y fecunda predicación misionera, hablada y escrita, de aquel incansable sacerdote —al que la Santa Sede en 9 de julio de 1841 confirió el título de *Misionero Apostólico*— tomó vigoroso aliento y acabó consolidándose una manera habitual de rezar mediante fórmulas estables, firmes y generalizadas, las cuales, substancialmente, pasarían después a tantos y tantos manuales piadosos posteriores como el nervio de una piedad cristiana constante, bien cimentada y ejemplar.

Esta manera de rezar, que los que somos de edad avanzada aprendimos en nuestra niñez de nuestras madres cristianas nos parece que constituye un modo de rezo práctico y eficaz en todos los planos y para toda la vida. Desgraciadamente, en nuestros días no suele practicarse así, ni casi se reza de ninguna manera. La causa no es, como suele decirse injustificadamente y se repite con ligereza, que aquellas oraciones hayan envejecido y no se adapten a los signos de los tiempos. La verdadera causa es otra. La pérdida de la Fe, algo así como una especie de racionalismo esclerótico e irracional que reduce a Dios a la categoría de hombre y eleva al hombre al puesto de Dios, al absurdo de un sentido de lo religioso que se estremera y muere en el coto cerrado de una pobretona sociología y que nada tiene que ver con lo que enseña y siempre ha enseñado la Iglesia. Creemos que, sin temor a equivocarnos, podemos decir lo siguiente. Si de veras se quiere que el pueblo rece y que la plegaria cotidiana florezca en los labios como un tributo de amor a Dios y para el mayor bien de todos se hace ineludible volver a fórmulas estables y fijas, iguales o parecidas a aquellas que piadosa y amorosamente nos enseñaban a repetir nuestras madres cristianas, tan válidas hoy como ayer, puesto que el transcurso del tiempo, como ocurre con el vino rancio, lejos de desmerecerlas las ha mejorado. Hemos oído repetir muchas veces al Dr. Canals, haciendo suya una reiterada afirmación del venerable padre Orlandis, que las cosas buenas y fundamentales, las ideas básicas, hay que repetirlas frecuentemente y de la misma manera. Y esto tiene aplicación aquí, cuando se trata de una cosa tan básica, tan fundamental y tan necesaria como es la de rezar todos y cada uno de los días por la mañana y por la noche al levantarnos de la cama y retirarnos a descansar en ella.

Esa misma manera de rezar es la que se enseñaba y practicaba hace años en los colegios religiosos, afianzada con la enseñanza del Catecismo, frecuentemente bajo el texto llamado de san Pío X. Ahora, en muchos de esos colegios —todos lo sabemos y no conduciría a nada el disimularlo— no lo hacen así. Se excusan para obrar de semejante manera en un falso respeto a la conciencia del niño, cuando lo que realmente hacen es secundar una acción que parece diabólica, consistente en impedir que el niño llegue a conocer la adorable figura del buen Jesús y que pueda poco a poco ir formando rectamente su conciencia. De semejante manera se niegan al niño los derechos básicos y fundamentales de adorar a Dios y ofrecerle el culto debido, y de conocer la verdad religiosa y su práctica, como medios ordinarios para la eterna salvación. Y en su lugar, cualquiera que sea la intención con que se haga, empieza a moldearse la esperanza de hombre que existe en todo niño según los principios secularistas de la Revolución Francesa, con el miserable

resultado de una sucesión de generaciones descreídas y de una creciente ausencia de Dios en la vida privada y de su casi total eliminación en la vida pública.

Frente a esa incongruente manera de proceder nos atreveríamos a invocar una vez más aquellas estremecedoras palabras que brotaron de lo más hondo del amorosísimo corazón de Nuestro Señor Jesucristo: «*¡Dejad que los niños se acerquen a Mí! A cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñuelos más le valdría que le atasen una piedra de molino al cuello y le echasen al fondo del mar*». No podemos desconocerlo, ni debiéramos olvidarlo. El primero de todos los pecados, el más grave de todos los escándalos, es el de impedir que los niños puedan acercarse al buen Jesús con sus besos y con sus oraciones, con la plegaria y el conocimiento y práctica de la vida cristiana.

Por esto, ahora más que nunca, cuando por la fuerza de los años nos encaminamos a una especie de segunda

niñez, deseáramos con los de nuestra edad agradecer profundamente a nuestras madres cristianas el que nos sentaran tantas veces en su regazo y con una lluvia de besos nos enseñasen piadosa y amorosamente a rezar y a pronunciar con el balbuceo de nuestras primeras palabras los nombres santísimos de Jesús, María y José, completados más adelante con estas santas deprecaciones:

Jesús, José y María,
os doy el corazón y el alma mía.
Jesús, José y María
asistidme en mi última agonía
Jesús, José y María
expire en paz con Vosotros el alma mía.

Con estas santas deprecaciones quisiéramos que se cerrasen nuestros labios y que todos los hombres pudiesen repetir las en santa paz en los últimos instantes de la vida.

De la Carta Encíclica *Redemptoris Mater*

«Socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse»

Esta es la invocación dirigida a María, «Santa Madre del Redentor», es la invocación dirigida a Cristo, que por medio de María ha entrado en la historia de la humanidad. Año tras año, la antifona se eleva a María, evocando el momento en el que se ha realizado este esencial cambio histórico, que perdura irreversiblemente: el cambio entre el «caer» y el «levantarse».

La humanidad ha hecho admirables descubrimientos y ha alcanzado resultados prodigiosos en el campo de la ciencia y de la técnica, ha llevado a cabo grandes obras en la vía del progreso y de la civilización, y en épocas recientes se diría que ha conseguido acelerar el curso de la historia. Pero el cambio fundamental, cambio que se puede definir «original», acompaña siempre el camino del hombre y, a través de los diversos acontecimientos históricos, acompaña a todos y a cada uno. Es el cambio entre el «caer» y el «levantarse», entre la muerte y la vida. Es también un constante desafío a las conciencias humanas, un desafío a toda la conciencia histórica del hombre: el desafío a seguir la vía del «no caer» en los modos siempre antiguos y siempre nuevos, y del «levantarse», si ha caído.

Mientras con toda la humanidad se acerca al confín de los dos milenios, la Iglesia, por su parte, con toda la comunidad de los creyentes y en unión con todo hombre de buena voluntad, recoge el gran de-

safío contenido en las palabras de la antifona sobre el «pueblo que sucumbe y lucha por levantarse» y se dirige conjuntamente al Redentor y a su Madre con la invocación: «Socorre». En efecto, la Iglesia ve —y lo confirma esta plegaria— a la Bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo y en su propio misterio; la ve profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que «no caiga» o, si cae, «se levante».

Deseo fervientemente que las reflexiones contenidas en esta Encíclica ayuden también a la renovación de esta visión en el corazón de todo los creyentes.

Como Obispo de Roma, envío a todos, a los que están destinadas las presentes consideraciones, el beso de la paz, el saludo y la bendición en nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor del año 1987, IX de mi pontificado.

Juan Pablo II